

Latorredelojo

Año II — Número 10

Revista de literatura y cultura



LA TORRE DEL OJO

Revista de literatura y cultura

www.latorredelojo.com

NÚMERO 10

Junio 2026

ISSN: 3101-2167

DIRECTORES

Felipe Díaz Pardo

Fernando Martín Pescador

COLABORACIONES

Ana Ahijado

Ismael Alonso

Raquel Bordóns

David Botella

Jesús Cepeda

Susana Coyette Urrutxua

Carlos Diest Sánchez

Pedro Fajardo

Benito García

Rosalía Guerrero Jordán

José Ramón Guillem García

Juaco

Tina de Luis

Miguel Ángel Murillo

José Antonio Pérez Hernández

Luis Miguel Ramos Bersabé

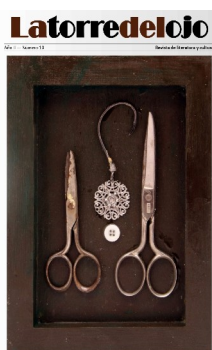
Virginia Sánchez Lafuente

Gilmar Simões

Jesús Vielsa

Aurora Yuste

Rafael Yuste Oliete



FOTOGRAFÍAS

Gerardo Piña-Rosales

CONTACTO

latorredelojo@gmail.com

Enviar colaboraciones a esta dirección de correo.

La torre del ojo no se responsabiliza, necesariamente, de las informaciones y opiniones expresadas por sus colaboradores.

Editorial

Por Fernando Martín Pescador

Estas son las tijeras de la madre de Gerardo. De joven, la madre de Gerardo fue costurera. Les cosía a las señoronas de Gibraltar. Dejó de trabajar cuando se casó con el padre de Gerardo, justo después de la guerra. De esto ya hace mucho tiempo, porque Gerardo nació en 1948. Pero la madre de Gerardo, ya de casada, siguió cosiendo por puro gusto. Puede que Gerardo llegara a utilizar estas tijeras cuando era niño. Y puede que su madre le recordara en varias ocasiones que no se corre con unas tijeras en la mano. El caso es que, tras la muerte de su madre, Gerardo guardó las tijeras y un día les hizo una foto. Porque Gerardo es lingüista, escritor y fotógrafo. Gerardo es más cosas, claro. En 2024, Gerardo publicó una novela estupenda que se titula *Voz que clama en el estrecho*. La tituló así porque Gerardo nació en La Línea de la Concepción, en la provincia de Cádiz, pero una buena parte de su infancia y su adolescencia las pasó en Tánger. En la novela, Gerardo habla de su familia, de la España y del Marruecos de entonces. Gerardo advierte que algunas partes de la novela son verdad y otras son imaginadas. Lo entiendo perfectamente. Porque la verdad a veces hay que imaginarla. En la novela hay un personaje que se llama Gabriel. Gabriel es también lingüista, escritor y fotógrafo. Gabriel es más cosas, claro. Imagino a Gabriel publicando un libro dentro de la novela de Gerardo. Un libro que hable de su familia. E imagino a Gabriel colocando dentro a un personaje que también sea lingüista, escritor y fotógrafo. Un personaje cuyo nombre empiece también por ge. Y este personaje escriba a su vez un libro cuyo protagonista sea también lingüista, escritor y fotógrafo. Y que su nombre también comience por ge. Y así hasta que no haya más nombres con ge y el personaje acabe llamándose Gerardo. Lo imagino así todo, porque, a veces, escribir es como correr con unas tijeras en la mano. A veces, fotografiar es como correr con unas tijeras en la mano. A veces, vivir es como correr con unas tijeras en la mano. Unas tijeras como las de la madre de Gerardo, que, de joven, les cosía a las señoronas de Gibraltar.

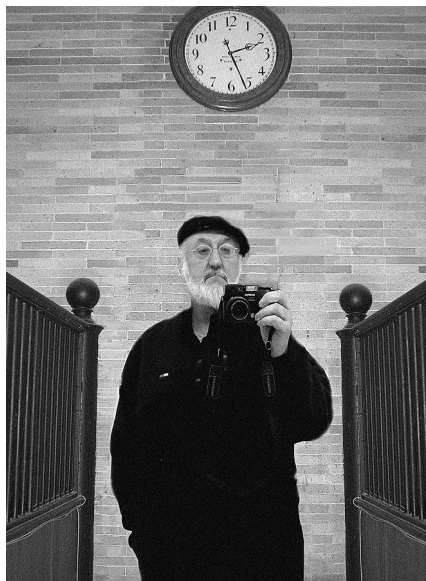
Gracias a Gerardo Piña-Rosales por regalarnos treinta fotos magníficas para nuestro número de junio. Sus fotografías tienden puentes que unen tres continentes. Ahora, disfrútenlas.

Contenidos

Palabra de fotógrafo Gerardo Piña-Rosales	<u>página 4</u>
Junio - El volar de las ilusiones Raquel Bordóns	<u>página 6</u>
Mil y una noches Pedro Fajardo	<u>página 8</u>
Luna Juaco	<u>página 12</u>
Maravillas de la naturaleza española José Antonio Pérez Hernández	<u>página 13</u>
Idea para un regalo Ana Ahijado	<u>página 14</u>
Dadles las gracias a ellas J. Vielsa	<u>página 15</u>
Atraza una escalera Carlos Diest Sánchez	<u>página 16</u>
Más allá del bien y del mal (Fábulas) Rafael Yuste Oliete	<u>página 20</u>
La visita David Botella	<u>página 22</u>
La biblioteca Ismael Alonso	<u>página 23</u>
Señales Susana Coyette Urrutxua	<u>página 30</u>
El suave ronquido del oso Rosalía Guerrero Jordán	<u>página 33</u>
Esencia Miguel Ángel Murillo	<u>página 35</u>
Fernando Virginia Sánchez Lafuente	<u>página 38</u>
Posesión Tina de Luis	<u>página 41</u>
Retorno a Torre de la Higuera Luis Miguel Ramos Bersabé	<u>página 44</u>
Electrix Gilmar Simões	<u>página 46</u>
La taberna de Aqueronte – Capítulo 4 Benito García	<u>página 50</u>
La peor faena de la vida Felipe Díaz Pardo	<u>página 55</u>
Las sinsombrero en la Generación del 27 Felipe Díaz Pardo	<u>página 58</u>
Pasión Fernando Martín Pescador	<u>página 64</u>
Grietas y semillas Fernando Martín Pescador	<u>página 67</u>
The Mandalorian José Ramón Guillem García	<u>página 69</u>
Beatriz Galindo R. Kipling	<u>página 72</u>
Agenda 2025—26	<u>página 75</u>

Palabra de fotógrafo

Gerardo Piña-Rosales¹



Mi interés por la fotografía nació el día en que mi padre me regaló, por mi 15 cumpleaños, una cámara Voigtlander de 35 milímetros. Con aquella cámara había que hacerlo todo: calcular el tiempo de exposición, la distancia focal, la apertura de diafragma, etc. Pero valía la pena: todavía conservo aquellas primeras fotos que hice desde la ventana de mi casa en Tánger: el difunto, en unas parihuelas, llevado a hombros por familiares y amigos, camino al cementerio a extramuros del barrio de la Emsallah; los sefarditas, durante el sabbath, camino a la sinagoga del boulevard Pasteur; el burrito con la carga de leña, camino a la tahona de Abdselam; las rifeñas, con su humilde mercancía de huevos, legumbres, naranjas y limones, camino al Zoco Grande.

Descubrir el mundo de la fotografía supuso para mí una auténtica iluminación, una toma de conciencia, una zambullida en un mar inexplorado. Y así, en busca de la imagen perdida, en aquella jungla icónica que me rodeaba, alerta, con emoción contenida, me aventuré –y ya para siempre– a salir a la calle, al campo, armado siempre de mi cámara, compañera fiel de mi mirada. Corrían los años sesenta...

Obsesiones

Cada fotografía es irrepetible (pese a su infinita posibilidad de multiplicación, como ya observó Walter Benjamin); esas milésimas de segundo son ya pasado, y forman parte de la experiencia del fotógrafo. No debería extrañarme de que me sigan seduciendo —algunos hasta la obsesión— los mismos temas de antaño: en mi archivo fotográfico abundan imágenes de las callejuelas tortuosas de la Kasbah

¹ **Gerardo Piña-Rosales** nació en La Línea de la Concepción (Cádiz, España) en 1948, y emigró a Tánger (Marruecos) en 1956. Hizo estudios superiores en el Instituto Español de Tánger, en la Universidad de Granada y en la Universidad de Salamanca, en España. Ya en Nueva York (donde reside desde 1973), se graduó por el Queens College de CUNY y se doctoró en el Centro de Estudios Graduados de esa misma Universidad con una tesis sobre la literatura del exilio español de 1939. Desde 1981 a 2016 ejerció como Profesor de Literatura en la City University of New York. Es Miembro de Número de la Academia Norteamericana de la Lengua Española, y fue su director (2008-2018), Correspondiente de la Real Academia Española y actual Director Honorario.

de Tánger, que recorrí, cámara en mano, tras las huellas de don Julián; del Estrecho de Gibraltar, apacible y bonanzón mientras no se levantara el furioso Levante; de Granada, desde el mirador del Campo de los Mártires; de Salamanca, desde la ribera del Tormes, entre chopos, álamos y fresnos; de Madrid, acompañando a Ramón Gómez de la Serna por el Rastro; de Nueva York, periplo de una odisea, con Penélope, pero sin Ítaca, porque nunca quise ser rey; imágenes de árboles solitarios en las laderas de los cerros y las colinas; de vagabundos, de parias, de marginados y de excéntricos...

La fotografía: espejo de la conciencia del fotógrafo

La fotografía es el espejo de mi conciencia de fotógrafo. Cada una de mis fotos, más o menos lograda, pero inequívocamente única, es como el relámpago de un flash en mi realidad de artista. Jack London llamaba a sus fotografías “documentos humanos”; las consideraba tan valiosas como sus novelas o cuentos para captar la belleza y la variedad del mundo y sus criaturas. Mis fotografías son momentos congelados en el espacio y en el tiempo de mi vida, registros visuales de una realidad a veces insólita, a veces incongruente, violenta a veces, y siempre múltiple, proteica. Nada más preciso que el objetivo de una cámara para la captura de una parcela de la realidad. Esa realidad no es otra, claro está, que la que selecciona el fotógrafo. Es como si el fotógrafo nos dijera: “Detente y mira. Siente lo que sentí cuando tomé esa foto, la emoción del momento”.

Fotografía y cinema

Decía Virginia Woolf que era bien extraño que se viera mucho más en una fotografía que en la vida real. La fotografía, ese tajo en el tiempo, sincrónica, queda sola, aislada, pero a diferencia del film, no corre el peligro de pasar inadvertida entre las demás. Ya es bastante. Y sin embargo, hay imágenes del cine que, al recordarlas, continúan fascinando: ¿quién puede olvidar la escena donde la Muerte y el Caballero juegan al ajedrez sentados en unas rocas a la orilla de un mar negro y amenazante, en *El séptimo sello*, de Bergman?; ¿quién puede olvidar las primeras secuencias de *Muerte en Venecia*, de Visconti, con el *vaporetto* que se acerca a la ciudad entre la bruma matinal, mientras se oye el *adagietto* de la Sinfonía nº 5 de Gustav Mahler?

Pero la fotografía es también un diálogo con otras fotografías, con las de uno mismo y con las de otros fotógrafos. Cierro los ojos y, de manera aleatoria, desfilan por mi mente algunas de las imágenes que siempre me han cautivado: el retrato de Baudelaire realizado por Nadar, en que el poeta de *Les fleurs du mal*, con su gesto altanero, parece desafiarnos; el tocón retorcido y carcomido por la erosión del mar y el viento, en Point Lobos, de Edward Weston; la pareja que se besa en un café de París, sorprendidos por Brassai, ese impenitente voyeur; los caballos y el cochero en el terminal de tranvías, bajo una tormenta de nieve en Nueva York, de Steiglitz; el momento decisivo en que un hombre y su paraguas saltan sobre un charco, de Cartier Bresson; la pareja de mirones, de Kertész; la fila de automóviles estacionados a lo largo de una calle de Saratoga Springs, bajo la lluvia torrencial, de Walker Evans; los mineros en Minas Gerais, de Sebastião Salgado, trágica, dantesca; el mafioso asesinado por otro mafioso en un restaurante de Queens, de Weegee; el gigante judío junto a sus padres en su apartamento del Bronx, de Diane Arbus; el gitano, en cuclillas, charlando con su caballo, de Koudelka, y tantas otras.

El volar de las ilusiones

Raquel Bordóns²



A punto de coger un avión, me hago consciente de las ilusiones que nos acompañan a lo largo de nuestra vida; las que bailan con lobos alrededor de nuestros sentires, las que nos atrapan en enredos viscosos en los que nos dejamos mecer a temporadas, las que nos persiguen sin que nos demos ni cuenta y las que nos adelantan y nos llevan montados en su estela.

Ahora, a ocho mil metros de altura siento aquellas ilusiones que quiero, las que amo, las que dejo atrás y las que están por venir. Calientan mi alma y todas ellas conforman ese yo que avanza pedaleando sobre este keroseno cuya ilusión parece querer volatilizarse por las fracturas de un mundo adulterado.

² **Raquel Bordóns**, la que vuela en la escoba de sus ilusiones.

En este espacio aparentemente reducido se entrelazan mis ilusiones, se agolpan en un sinfín de fuegos artificiales, sobrevolando esas otras realidades; y enredándose las de aquellos que sienten la vejez posarse sobre ellos con las de los que no la sentimos aunque nuestros cuerpos evolucionen cual frutos que, antes o después, caerán pero no sin antes endulzar su carne madura. Se cruzan mis ilusiones que no ceden con sinfines de trompetas del pasado y del presente dirigiendo mis pasos a un futuro lleno de sorpresas y rincones ansiados.

Así como yo me siento sobrevolando el planeta, siento a todos esos chavales que en este mes de junio, al igual que yo, ponen sus ilusiones a volar sobre ese algo incierto que es la PAU; donde su pasado, su presente y su futuro se meten en esa urna donde el azar y el esfuerzo remueven sus bolas al ritmo caprichoso de unas preguntas y de un boli que rasga el papel escribiendo un número que determinará la dirección de esas ilusiones.

Quienes tengáis hijos en edad de jugarse sus cartas al Passare A Tutti, (PAU), ese juego del calamar en que unos caen y los otros avanzan un poco más, sabréis entender de qué estoy hablando. A los que no, os pido ese esfuerzo de entenderlo porque durante el mes de junio, las ilusiones de todos esos chavales sobrevuelan nuestras cabezas. Si levantáramos nuestras manos podríamos atraparlas entre los dedos y de ellas depende el futuro de nuestro planeta y el nuestro. Matemáticos, investigadores, médicos, ingenieros... estarán optando por encontrar un asiento en este gran planeta llamado Tierra, que brillará gracias a cada una de las estrellas que se juegan su futuro en la urna de las ilusiones. Unos echarán sus papeletas en universidades; otros en otros estudios académicos o no, pero determinantes para intensificar el brillo de esas otras profesiones imprescindibles para que nuestro mundo avance.

Y todas esas decisiones, más o menos meditadas, más o menos trabajadas y no por ello más o menos merecidas llevarán los pasos de un ejército de jóvenes a montarse en esas ilusiones que, cual patinetes voladores, les llevarán a ocupar ese lugar en este mundo no siempre fácil, pero lleno de misterios por descubrir y viajes por vivir hacia el exterior y hacia el interior de sus almas.

Mi imaginación vuela al lado de todas esas ilusiones y me parecen estrellas titilando en mi universo de pasión y de confianza en el que me siento entregar el testigo para, junto con todos éstos jóvenes, construir un mundo mejor.

Teatro

MIL Y UNA NOCHES

Pedro Fajardo³

Entra PINOCHO, con disfraz deslucido, sucio, y deambula entre el público pidiendo a los espectadores que le den los cartones que están en los laterales. Cuando ya los tiene, manifiesta su torpeza al manipularlos. Al hablar, manifiesta un raro tartamudeo consistente en alargar algunas aes.

Los maullidos de un gato atraen la atención de PINOCHO, que se acerca al lateral del escenario y le dedica mimitos al gato.

Mientras esto ocurre, entra MAGDALENA. Mira a su alrededor y se coloca junto a la farola.

PINOCHO. — (Solícito.) Oye, si estás esperando el bus, la parada no es aquí, está un poco más allá, en la plaza...

MAGDALENA. — ¡Muy gracioso!

MAGDALENA extrae del bolso un lápiz de labios y un espejito. Va a retocarse los labios. PINOCHO la mira muy fijamente.

MAGDALENA. — (Poniéndole el espejo en sus manos.) Anda, ayúdame, haz algo útil.

Él sigue observándola sin inmutarse y, embobado como está, el brazo que sujeta el espejo va bajando.

MAGDALENA. — (Subiéndole el brazo.) ¡Qué poquita sal tienes!

Ella termina de pintarse y le arrebató el espejo.

MAGDALENA. — Trae aquí, que estarás ya cansao. Y no me mires tanto, que a los mirones les cobro más.

Al ver que PINOCHO sigue alelado, se ofrece insinuante.

MAGDALENA. — ¿Qué? ¿Te hace un completo?

PINOCHO. — No, muchas gracias, no tengo hambre.

MAGDALENA. — ¡Vaya, hombre! ¡Qué gracioso me ha resultado el payasete!

PINOCHO. — No voy de payaso, sino de Pinocho.

MAGDALENA. — (Burlándose.) ¡No me digas!

PINOCHO gira sobre sí mismo para mostrarse ante ella.

MAGDALENA. — ¡No me había dado cuenta!

PINOCHO. — ¿No te has fijado en mi nariz?

MAGDALENA. — ¡Claro que sí, muñeco! ¿Lo tienes todo igual?

³ **Pedro Fajardo** ha combinado, con idéntico entusiasmo, las clases de Lengua y Literatura en Enseñanza Media con una irresistible vocación teatral, tanto como intérprete, director o pergeñando textos dramáticos, aunque esta última faceta responda más a una necesidad impuesta por las exigencias de las tablas que por la que anima a los auténticos artistas de la palabra.

PINOCHO. — No te entiendo.

MAGDALENA. — Nada, nada, cosas mías. Anda, vete, que me espantas a los clientes.

PINOCHO. — *(Mirándola de arriba abajo.)* ¿Qué vendes?

MAGDALENA. — *(Molesta.)* ¿Tú eres tonto o sólo lo pareces?

PINOCHO. — *(Molesto.)* Oye, yo no te he insultado.

MAGDALENA. — Pues mira, sí; en cierta manera, sí lo has hecho porque creo que me estás vacilando y no me gusta. Eso ya lo hacen otros tipos más duros que tú a los que no tengo más remedio que aguantar y callarme, pero tú no tienes ni media hostia y a ti no pienso...

PINOCHO. — *(Enfadado.)* No me gusta que nadie me toque las narices.

MAGDALENA. — *(Riéndose grotescamente a carcajadas por lo que ha interpretado como una broma del hombre, que lleva puesta todavía la nariz de Pinocho.)* ¡Qué cachondo! *(Su carcajada se detiene de golpe al percatarse del gesto iracundo de PINOCHO.)* ¿Que no es una broma?

Él, como respuesta, golpea fuertemente con un pie en el suelo.

MAGDALENA. — *(Comprendiendo por fin que se encuentra ante una persona alterada, decide seguirle la corriente.)* Perdona, muñeco, perdona. No quería ofenderte.

Él hace intentos de reprimir su ira.

MAGDALENA. — Mira, vamos a empezar de nuevo, como si no te hubiera dicho nada ofensivo, ¿de acuerdo?

PINOCHO. — *(Atenuando su agitada respiración.)* Me parece bien.

Pausa. Ella suspira resignada.

MAGDALENA. — Oye, guapetón...

PINOCHO. — ¡Eh, que me toca empezar a mí!

MAGDALENA. — ¡Vaya, el muñeco tiene memoria! Venga, dale.

PINOCHO. — ¡Hola! ¿Estás esperando el bus?

MAGDALENA. — No, muñeco, aunque no lo parezca, soy la Cenicienta y estoy esperando la carroza.

PINOCHO. — *(Pataleando como un crío.)* ¡No, así no vale, eso no es lo que dijiste!

MAGDALENA. — No pretenderás que recuerde palabra por palabra lo que dije.

PINOCHO. — *(Tímido.)* ¡Pues a mí no se me olvida lo que te dije al verte!

MAGDALENA le mira unos segundos en silencio.

MAGDALENA. — ¡Ay, que se me ha enamorado el muñeco!

PINOCHO. — *(Como si no lo hubiera oído.)* Dijiste que yo te parecía gracioso.

MAGDALENA. — ¿Eso te dije? Debió de ser por el carmín, que tiene efectos alucinógenos. *(Lo trata como a un niño.)* Bueno, está bien, vamos a jugar un ratito más y luego te piras, que tengo que atender a mis clientes.

MAGDALENA se aclara la garganta antes de afrontar el "juego".

MAGDALENA. — Oye, guapetón, ¿te hace un completo?

PINOCHO. — ¡Jo, otra vez! ¡Así no vale!

MAGDALENA. — Mira, olvídate de eso, muñeco. Ven, siéntate conmigo y charlamos un ratito.

Los dos se sientan en el banco. Se miran en silencio.

MAGDALENA. — Venga, cuéntame algo de ti, lo que quieras.

PINOCHO la mira, pero no dice nada.

MAGDALENA. — ¡Qué labia tienes, jodío! A ver, cuéntame, por ejemplo, por qué vas disfrazao.

PINOCHO. — Los niños se acercan a mí y sus padres me hacen fotos y, si hay suerte, me cae algún euro.

MAGDALENA. — *(Mirando alrededor.)* Pues me parece a mí que hoy ni tú ni yo vamos a tener muchos clientes.

PINOCHO. — ¿Qué vendes?

MAGDALENA. — *(Le mira valorando si realmente puede ser tan ingenuo.)* Masajes. Soy masajista.

PINOCHO. — ¿Y se te da bien?

MAGDALENA. — Soy la mejor. En mi oficio, soy la mejor. Por eso me he independizao. Antes curraba en un local, con otras... masajistas, pero me chuleaban. Chico, como no estamos sindicadas... Así que ahora lo hago por mi cuenta y no me va mal. Aunque esta noche no parece que vaya a tener ocasión de demostrar lo buena que soy. No pasa nadie por aquí.

PINOCHO. — Es que he oído que hay fútbol en la tele. Nos jugamos mucho. Es la final de la Eurocopa.

MAGDALENA. — Pues si es así, la noche todavía puede mejorar.

PINOCHO. — ¿Tú crees?

MAGDALENA. — Para mí, sí. Porque si ganamos, muchos futboleros querrán celebrarlo, y si perdemos, habrá muchos más que querrán ahogar sus penas.

PINOCHO. — *(Con mucha vergüenza.)* Una chica tan bonita como tú no debería andar sola por la calle a estas horas.

MAGDALENA. — *(Le mira sorprendida.)* ¿Qué has dicho?

PINOCHO. — Que es peligroso que andes por la calle a estas horas.

MAGDALENA. — No, eso no, lo otro.

PINOCHO. — *(Con mucho pudor.)* Que eres muy guapa.

MAGDALENA. — *(Emocionada.)* ¿De verdad te lo parezco?

PINOCHO. — Tus ojos echan chispas como... como el martillo de un herrero.

MAGDALENA. — ¿Pero de dónde sales tú, criatura? ¿Cuándo has visto tú un herrero en tu vida?

PINOCHO. — Tus ojos brillan y son grandes.

MAGDALENA. — *(Intentado disimular su turbación.)* Claro, para verte mejor.

PINOCHO. — Tu nariz es como... como un tobogán de... de algodón.

MAGDALENA. — *(Se acerca a él para olisquearle.)* Es para olerte mejor.

PINOCHO. — Y tus labios son... tus labios son...

MAGDALENA. — *(No le deja terminar.)* Para besarte mejor.

Sus rostros se acercan. PINOCHO se percata del obstáculo que supone su nariz. Se despoja de ella. Sus caras vuelven a acercarse, pero entonces se oye el grito futbolero del final del partido.

MAGDALENA. — *(Se aparta y se levanta del banco.)* Lo siento, muñeco, es la hora del curro.

PINOCHO. — ¿Vendrás también mañana por la noche?

MAGDALENA. — *(Se queda mirándole.)* No lo sé... Puede...

PINOCHO. — Y si no puedes venir mañana, ven otra noche cualquiera... Yo te espero... Mil y una noches te espero...

MAGDALENA le mira apretando los labios y moviendo afirmativamente la cabeza al tiempo que contiene la emoción. Cuando va a salir de escena, él la detiene llamándola.

PINOCHO. — ¡Eh! ¿Cómo te llamas?

MAGDALENA. — Jéssi... No. Para ti soy Magdalena.

PINOCHO. — ¡Magdalena! Me gusta... Adiós, Magdalena.

Cuando va a salir, él vuelve a detenerla.

PINOCHO. — ¡Magdalena! ¿No quieres saber cómo me llamo yo?

MAGDALENA. — Claro que quiero. ¿Cómo te llamas?

PINOCHO. — ¡Muñeco! Me llamo Muñeco.

Pausa larga. Ambos están mirándose.

MAGDALENA. — *(Titubeando.)* Oye, Muñeco, verás, yo soy lo que soy, pero no nací siéndolo.

Él sonríe y contempla cómo ella desaparece por un lateral; luego empieza a buscar al gatito que oyó al principio mientras tararea alegremente.

OSCURO.



Poesía

Luna

Juaco⁴

Luna
Luna
Luna.

Luna
lunilla.
Mi alma se escurre,
se descuelga
enganchándose por las aristas.
Puñales que se clavan
que la rasgan y deforman.

Aristas en forma de dientes,
tiburones ansiosos
al olor de la sangre,
sangre que mi alma
no porta.

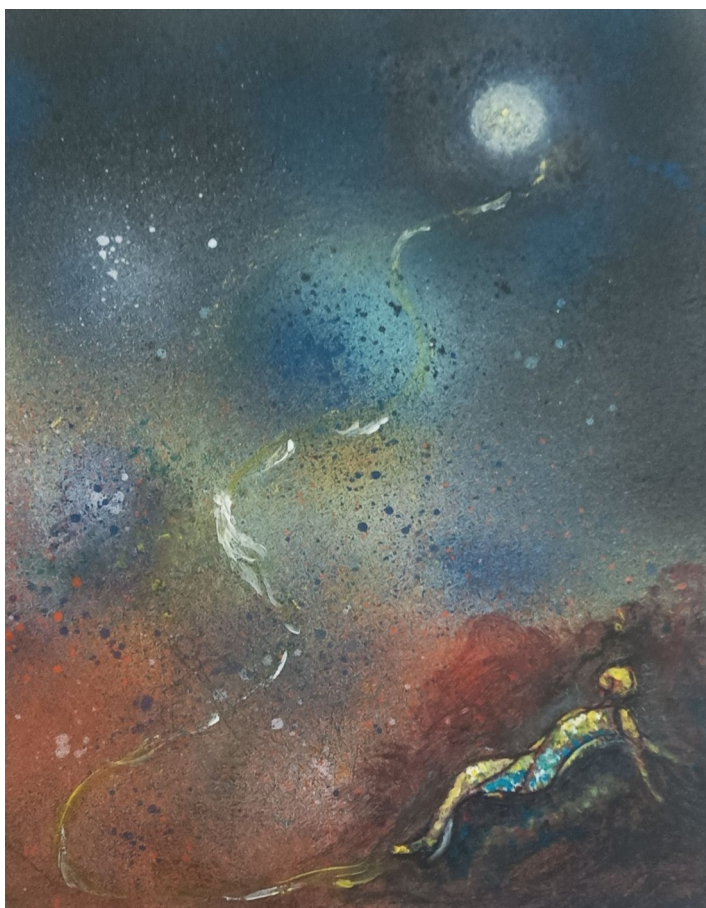
Luna
Luna
Lunilla.

Mi alma se deshilacha
en blancos jirones
que vuelan en zigzag,
cual pavesas
mecidas por el viento.

Luna,
Permite que
en un viaje
a través del cielo
llegue hasta ti,
se pose en tu seno
descanse y
una vez allí,
recupere su ser.

Mi alma ingrátida
saltará por tus hoyuelos.
Cantará y cantará.
Vibrará hasta redondear
las aristas
dientes de tiburones,
y embriagada esparcirá
por la tierra,
una canción.

Imagina...



⁴ Joaquín Miñarro es un artista plástico, poeta y escritor.

Maravillas de la naturaleza española

José Antonio Pérez Hernández⁵

*En la calma azul del océano inmenso,
donde el horizonte se funde en misterio,
las olas susurran secretos eternos,
y el alma se expande, ligera y sin miedo.*

*Allí donde se alzan las montañas firmes,
picos de granito rozando los cielos,
el viento recorre sus cimas antiguas
llevando promesas de sueños viajeros.*

*Bajo la luz dorada de un sol brillante,
se extienden los campos con sus amapolas.
Un mosaico vivo de tonos y aromas
que baila con brisas suaves y sedosas.*

*Los bosques susurran entre sus abrazos,
frescor de la umbría, caricia en la sombra,
verde profundo, refugio y memoria
de siglos guardados en cortezas y hojas.*

*Océano, montaña, campo y arboleda,
se enlazan sus voces bajo el mismo cielo,
formando un mosaico de vida y belleza
que late vibrante en el corazón ibérico.*

*Me embarga el asombro ante tanta grandeza,
el pulso infinito de la madre tierra,
la fuerza tranquila, el arte sin dueño,
que en cada rincón despierta mi espera.*

*Reflexiono en calma, sintiendo en mi pecho
la huella profunda de la naturaleza,
susurros de agua, de roca y de rama,
que enseñan al hombre respeto y pureza.*

*Orgullo y pertenencia brotan en mi canto,
España vestida de esplendor y de encanto.
Mi tierra es un libro de paisajes sanos,
escrito en el alma de quienes la amamos.*

Valdemoro, 22 de febrero de 2026

⁵ **José Antonio Pérez Hernández** (La Rioja, 1943). En el 2023 publicó un libro de poesías titulado *Esperanzas y vivencias de un mayo*.

IDEA PARA UN REGALO

Ana Ahijado⁶



¿La poesía se compra? ¿Se vende?
¿Se regala?
¿Es un regalo la poesía?
¿Se puede regalar un trozo de herida,
un pedazo de cicatriz,
una llaga que no se cura?
¿Se entrega con un lazo puesto?
¿Es mejor envolverla o dejarla libre,
abierta de par en par?
¿Se puede entregar a otro?
¿Qué puede esperar el otro de unas cuantas
palabras
que miran el mundo desde una esquina?
Si lo necesitas, es simplemente una idea
para un regalo.

⁶ **Ana Ahijado** (Madrid, 1981) estudió Filología Hispánica en la Universidad Complutense de Madrid y trabaja como profesora de Lengua Castellana y Literatura desde hace más de quince años. Su amor por la literatura comienza muy pronto, y desde niña escribe cuentos, que también ilustra. Comienza a escribir poemas en época universitaria. Es una lectora voraz y cree firmemente en el poder de los libros para hacer que el mundo sea un lugar habitable y deseable, para preservar rincones de felicidad en medio de la locura que nos rodea. En 2024 publica con Olé Libros su primer poemario, *Aproximaciones*.

DADLES LAS GRACIAS A ELLAS

J. Vielsa⁷

Cuántas veces me han recriminado
por dedicarle más tiempo a mi pasión
o por no entender la forma en la que me dejo el alma.

Y yo lo entiendo.
No tiene que ser fácil.
De repente llega la inspiración
y debo abstraerme
para meterme en mi mundo y anotar todo
antes de que se me olvide.

A quienes escribimos
nos comparo a menudo con los actores
para quien nos lea desde fuera:
no saber en qué punto del camino
dejamos de hablar del mundo
y empezamos a hablar de nosotros,
o no saber tristemente
si lo que escribimos es real
o mera poesía populista que
colocando las palabras en el orden adecuado
hacen el efecto deseado.

Soy capaz de sacrificar muchas cosas.
Y la más cara de todas
siempre ha sido el tiempo.

Por el camino se han bajado muchas personas
que dijeron ser para siempre
pero que no pudieron finalmente compartirme con este mundo.

El final creo que es un spoiler
que se vaticinaba desde el principio de este texto:

aún os queda mucho de mí en estos libros
por todas las que no lo quisieron ahí fuera.

⁷ **Jesús Vielsa Morante** es un poeta y escritor cuya obra nace de la introspección, el duelo y las emociones más crudas. Autor de *Terminal* entre otros libros, transforma la vulnerabilidad y la oscuridad emocional en una voz intensa, con un estilo visceral que conecta con las heridas más humanas.

ATRAZA UNA ESCALERA / TRAZA UNA ESCALERA

Carlos Diest Sánchez⁸

CAUZ E RÍO

*un sol niño e inocente
que no busca a nadie todavía*
David Botella, «Lo urgente»

O maitino, desierto e claro, calla
mientres aspera. No traye promesas.
No traye nombres, viaches ni ciudaz.
Només que a mansetut d'a luz, racons
que nunca no fuen míos —ixos trens
que esvetón como uembras sin nusatros.
O maitino no sabe de prudencias.
Res no entiende de miedos u deseyos.
No chudga dende luent. Aspera e calla
mientres roza finestras e tellaus.
Dende l'ahiere, yo l'alufro tot.
Recuerdo atos días, atos puestos,
ausencias vivas, formas muertas. Veigo
l'hombre que d'antes mes querié estar.
Veigo qui soi agora —cauz e río.
Iguals e diferents, no los departe
nenguna gran redota u engulema,
tasament a distancia d'estos anyos
—ixe viello país de pluya e viento
ixe antigo dominio de silencios.
A poquet, docilment, a luz conquiere
o cielo. O mundo renaixe e ride.
Sin dolor, accepto a suya ensinyanza:
a vida ye tamién o no viviu.

⁸ **Carlos Diest** empezó a publicar en la colección *Drume Negrita* de Zaragoza a finales de los años 80 del siglo pasado. Tuvo también un grupo de rock con sus hermanos. Escribe siempre en aragonés aunque a menudo se autotraduce al español.

CAUCE Y RÍO

un sol niño e inocente
que no busca a nadie todavía
David Botella, «Lo urgente»

*La mañana, desierta y clara, calla
mientras espera. No trae promesas.
No trae nombres, viajes ni ciudades.
Solo la masedumbre de la luz, rincones
que nunca fueron míos —esos trenes
que partieron como sombras sin nosotros.
La mañana no sabe de prudencias.
Nada entiende de miedos o deseos.
No juzga desde lejos. Espera y calla
mientras roza ventanas y tejados.
Desde el ayer, yo lo observo todo.
Recuerdo otros días, otros sitios,
ausencias vivas, formas muertas. Veo
al hombre que quise ser antaño.
Veo quien soy ahora —cauce y río.
Iguales y distintos, no los separa
ninguna gran derrota o fracaso,
apenas la distancia de estos años,
—ese viejo país de lluvia y viento,
ese antiguo dominio de silencios.
Despacio, dócilmente, la luz conquista
el cielo. El mundo renace y ríe.
Sin dolor, acepto su enseñanza:
la vida es también lo no vivido.*

ASINAS TAMIÉN OS TUYOS UELLOS

Es aquí donde resiste lo nuestro.
David Botella, «Lo urgente»

Ni sisquiera l'olbiu
A veilada memoria
A treslumbre d'os días
A dolor que s'ixampla
Atros nombres que o tiempo
acubila e corriche
As miradas salvaches
O que amas e pierdes
L'antigo sol d'o hibierno
As parabras Os ecos
que corrobran u fieren
Os silencios que arripas
O dominio de l'augua
Qué dixerás azaga
cuan a vida se muera?

ASÍ TAMBIÉN TUS OJOS

Es aquí donde resiste lo nuestro.
David Botella, «Lo urgente»

*Ni siquiera el olvido
La velada memoria
El trasluz de los días
El dolor que se extiende
Otros nombres que el tiempo
cobija y corrige
Las miradas salvajes
Lo que amas y pierdes
El antiguo sol del invierno
Las palabras Los ecos
que recobran o hieren
Los silencios que apilas
El dominio del agua
¿Qué dejarás atrás
cuando muera la vida?*

FÉBANOS CLUCS

todo muere rápido y se hace urgente
David Botella, «Lo urgente»

Ye tarde. No podemos
estar agradeixius.
No podemos, sisquiera,
bendecir o pan nuestro
que mincharemos solos.
Ye tarde. S'enfascalan
as estacions, as preces.
Sustendremos encara
o peso d'o carguil,
as voces, as ausencias.
Ye tarde. Doplaremos
o preu d'as consecuencias,
as apuestas perdidas.
Ye tarde. Dixaremos d'asperar
os disiertos inmensos,
os castiellos, as rotas.
Seremos atos, els. Ye tarde.

DESTELLÁBAMOS

todo muere rápido y se hace urgente
David Botella, «Lo urgente»

*Es tarde. No podemos
estar agradecidos.
No podemos, siquiera,
bendecir el pan nuestro
que comeremos solos.
Es tarde. Se acumulan
estaciones, plegarias.
Sostendremos aún
el peso del carguío,
las voces, las ausencias.
Es tarde. Doblaremos
el precio de las consecuencias,
las apuestas perdidas.
Es tarde. Dejaremos de esperar
los desiertos inmensos,
los castillos, las rutas.
Seremos otros, ellos. Es tarde.*

Fábulas

Más allá del bien y del mal

Rafael Yuste Oliete⁹



⁹ **Rafael Yuste Oliete** (Zaragoza, 1968) es autor de los libros de poemas *Trilogía de historia natural* (2001), *Solo cuerpo* (2023) y *Las aventuras de Juan Lázaro* (2020), y del álbum ilustrado *Silván y los árboles parlantes* (2020), además de haber publicado algunos de sus poemas y relatos en obras colectivas o publicaciones periódicas, como *La revista de Valdemoro*. Desde 2016, es el responsable editorial de Prames.

Más allá del bien y del mal nada queda, todo lo devoran los buitres.

En la plenitud del invierno, los buitres se acariciaban. Despreciaban el frío con ternura. Lo demás era trabajo, horas de vuelo sobre campiñas infinitas, hasta dar con el despojo, y festín canalla. Y por qué no, también pereza, una pereza austera, hecha de la misma roca en que posaba, hierático como un dios, el buitre más tierno y más canalla. Observaba.

El río lamía el cantil dorado. Abajo, la vida era agitada. Había seres que reptaban y nadaban, y miles de trinos de miles de seres misteriosos, y seres que marchaban con sigilo y todo olisqueaban. Cada uno era un audaz descubrimiento. Y aquella aventura, incluso en lo minúsculo, le hacía sentir la emoción de la belleza. Y estaba aquella garza blanquísima, la más bella de todas las garzas blancas, que lo tentaba con tanta pureza. Se tornó huidizo, abandonó rutinas, enfermó.

Un día, un cadáver apareció en la orilla. El buitre se abalanzó con los demás a la carroña. Sació su hambre. Miró a la garza. Saltó hacia ella, dentro del agua. Extendió sus alas y se mostró sanguinoliento y hediondo. Así era. La garza flotó en el aire y voló, grácil, hacia otra orilla.

Querer y ser querido. A veces, solo querer.

Ficción poética

LA VISITA

David Botella¹⁰

La del rastrillo visitó al hombre del cuero.

Se presentó a hurtadillas, sin avisar,
como las ardillas,
con esos mismos ojos en sigilo de quien no quiere ser visto.
Fue siguiéndolo en el café con churros, en el heraldo grapado,
en las conversaciones de termómetro y sol, en los saludos,
en el cruzar la vía
y en la vuelta a casa.
Le dejó ir haciendo vida como cualquier vida ese domingo,
confiado en la verdad de sus prioridades,
ordenando las horas y las últimas hojas que
el otoño había sembrado.
Y tras él, como en trinchera, sin perderlo de vista,
le regaló dos toses y un jadeo,
y luego el ahogo,
el mareílo tonto del que uno cree reponerse en apenas nada,
en un chasquido, como con una apnea de juguete,
como con un tropezón de respiro.

Se le llenó el estar de blanco;
quizá de algún aroma en concreto, de una abeja,
del correr a un recreo, de pan, del calor de un brasero, de amor nocturno.

Vaciló en el nudo que ya estaba hecho hurgando desatar una salida,
un pequeño hueco, apenas una rendija, una grieta.
Pero el nudo estaba hecho.
Ninguna sirena cambiaría eso.

El sabor. Su pelo en caricias. Los deditos del niño. El afán.

Finalmente lo dejó en un rincón del jardín, ceñido y arrugado
con las manos de pensar abrazando la cabeza.

Y tal vez,
quién sabe,
en cueros
rastrillado en paz.

¹⁰ David Botella - Miembro fundador de la editorial Drume negra.

LA BIBLIOTECA

Ismael Alonso¹¹



No volvió a besar unos labios tan dulces como aquellos. Tan intensamente únicos. Tan descaradamente terrosos, con sus regalos florales y especiados. Cada vez que lo había hecho, todo su ser se llenaba de frutos bermejos —frambuesa, fresa y cereza—, toques minerales, aromas de moras y confituras. Sus pechos diminutos como un instante.

Cuando Ella se fue, abrió las dos hojas de la ventana que daba al patio de vecinos y se dejó mecer por la imperceptible brisa que removía sus pensamientos. Ella, ¡qué pronombre tan absurdo! Podría señalar a tantas mujeres... Pero Ella, Ella, Ella..., ¡solo era una! ¿Por qué se resistía a llamarla por su nombre? ¿Acaso un nombre podía contener a la persona, a todo lo que podemos tocar con los dedos?

¹¹ **Ismael Alonso** es profesor de instituto y escritor. En una época lejana se dedicó al periodismo. La lectura y la escritura son parte esencial de su vida.

Si se lo propusiera podría desmenuzar, como un escultor aplicándose con ahínco sobre una mole de mármol, cada uno de sus rasgos. Si se lo propusiera, ¡claro que sí! Pero aquella despedida, sin que ninguno de los dos se lo hubiera esperado, era para siempre.

Llamó por teléfono. Marcó su número. Desde que se fue, había repetido la operación todos los días. Deseó que la voz, su voz, lo saludara al otro lado de la línea. Lo deseó fervientemente, sin matices. Pocas veces lo había ansiado tanto. Pero no, nada que hacer, para qué molestarse. Aquella mujer se había esfumado. Ella se había ido. Por fin solos, él y su biblioteca. Como tantas veces había soñado. Su biblioteca y él, los dos solos. Por fin, una vez más, sin Ella, que tan bien había maridado sus libros, sus lecturas.

Ella no lo sabía cuando se conocieron. Al principio, le hizo gracia. Acumulaba libros no porque fuera a leerlos todos. Eso era, sencillamente, un absurdo, una tontería, una añagaza. Los tenía cerca de sí porque se sentía seguro. Lo había leído una vez en una entrevista a Umberto Eco, y también a él le había hecho gracia.

No para leerlos, ni siquiera para acariciarlos, ni para ojearlos de vez en cuando. Se sentía protegido, nada más. Un refugio. Uno más, a los que era tan aficionado. Como el teatro, el cine, los museos. O el marasmo de recuerdos y melancolía en los que a menudo se dejaba llevar. O los paseos en barca por los ríos del Norte de Europa, cuando viajaba solo en rutas organizadas. O dejar pasar los trenes sentado en un banco en el andén de la estación. Todos los trenes habían pasado y él seguía ahí, esperando, sin saber muy bien el qué.

—Déjame que te ayude, déjame jugar con las cubiertas, las ediciones en rústica, las letras de los títulos.

—¿Por qué quieres que te deje hacer eso?

—Porque sabes que te lo iba a preguntar. Sabes que cuando te besé, cuando me besaste, así debían ser las cosas.

No entendías, pero algo dentro de ti reafirmaban aquellas palabras que podrían haber sido tuyas. Sin una pizca de sus labios, de los labios de Ella, acumular libros no era lo mismo. Sin aquella humedad de frutos rojos —frambuesa, fresa y cereza—, ninguna lectura habría sido igual que antes.

Como quien abre un libro después de haber transitado por sus páginas decenas de veces, nada fue igual desde que la conociste. El desorden y la locura empezaron por ti, continuaron por las horas de la noche y el día, acabaron en cada una de las baldas de tu biblioteca. En cada rincón lleno de polvo y de secretos. En cada esquina que olía a tierra y a lagar.

Al poco de conocerse, tomó decisiones drásticas, sin consultarlo. Arrancó las cortinas, subió las persianas, aireó las estancias vacías en verano y en otoño. Se paseaba desnuda mientras el sol doraba su piel, como la uva en plena maduración, como quien espera el reflejo ansiado de un milagro.

No me pidió permiso, aunque yo tampoco se lo negué. Solamente me quedé mirándola, porque era muy hermosa y tenía algo hipnótico que me impedía reprocharle nada. Cambió los volúmenes de cada balda, los ordenó según un extraño capricho. Dijo aquí estoy yo, porque tú me dejas, porque tu cuerpo y el mío maduran por una extraña regla que desordena —y vuelve al punto— el desnortado equilibrio.

Y así somos, de esta manera se cumple el ciclo de la vida. Igual que quien respira sencillamente lo hace, sin hacerse preguntas. Su piel suave, cuidadosamente estriada, igual que quien está a punto de mascullar una

ofrenda. Me empezó a hablar sin concierto de nombres que desconocía, y se detenía en caprichos sin importancia, en divertimentos que solo llenaban el vacío de las palabras. Cuando se lo pregunté, al finalizar, porque tardó días en hacerlo —la retahíla era extensa y solo esperaba que permaneciera en silencio a su lado—, me lo explicó. Pero yo, por más que quería, no acababa de entender.

Nombres y más nombres. Los de 192 municipios de cuatro provincias castellanomanchegas: Albacete, Ciudad Real, Cuenca y Toledo.

Su cuerpo estriado me abrazaba por la noche, se pegaba fuerte contra mí a primera hora de la mañana, cuando pedía que la arropara, con la frescura del rocío. Y yo, claro, lo hacía porque la amaba, al menos en esos momentos. No éramos únicos nosotros, era los instantes que se dilataban atenuados, desunidos, procaces.

Nunca he sido de amores románticos ni de jurar eternidad a lo que solo puede ser pasajero. Como una buena cosecha, como la prontitud de la siembra, dura para siempre, igual la memoria y la alegría de lo que nunca volverá a repetirse.

Aunque no esté ahora, junto a mí, sé que siempre la rescataré del olvido cuando la recuerde cómo se bañaba desnuda: yo sentado junto a ella, en el inodoro, y ella con los ojos cerrados, con las manos llenas de tierra frotándose en los hombros, en el pecho, en los muslos, en la entrepierna, en el cabello. Por eso, sé que habitaba el dominio de la eternidad.

—¿Y eso por qué?

Y ante mi pregunta me miraba, sonreía y me pedía que me acercara. Y yo lo hacía, obediente. Cerraba también los ojos y sentía como las raíces nacían

dentro de mí. Y entonces me convertía en la vid honda de una promesa, en el prodigio feroz de un milagro, en el estupor hondo del arrebató dulce de lo que siempre busca su nombre.

Aquello no ha acabado. Fue solo un verano y un otoño. Un puñado de meses. Nos solazamos como un campo que renace y, al poco, languidece. En la espesura del terreno fértil. A mediados de noviembre, se fue.

—¿Como el ciclo de la tierra?

—Como el ciclo de la tierra —creí escuchar, cuando ya estaba muy lejos, pero su voz aún resonaba en mi cabeza.

Al fin nos quedamos los dos, yo y mi biblioteca. Los dos solos, aún dorados por el sol, porque no me atreví a colocar las cortinas de nuevo, a subir la persiana. Y en cada balda, descubrí libros que no conocía, páginas inexploradas en un orden caprichoso. Y en cada balda, una botella, una etiqueta, un dibujo; cuidadosamente inclinada, a punto de caer al suelo, necesariamente atraída por la llamada de la tierra. Porque en el suelo yacía, cada poco, un puñado de barro al principio, después arena oscura, que nunca me atreví a quitar, porque era como si ella aún estuviera junto a mí.

Repasé el nuevo desorden que me había impuesto. Me descubrí indagando en los libros de Francisco García Pavón, en la 'T' como cabecera en la balda superior, que tiempo después colegí se refería a Tomelloso. Algunos libros firmados por este autor eran *Relatos de Plinio*, *Vendimiario de Plinio*, *Las Hermanas Coloradas*. Junto a los volúmenes, una botella. En la etiqueta del caldo, sobresalía la seña de cencibel, sobre la que alguien —¿Ella, quizás? — había dibujado un corazón de un rojo intenso.

En otra balda, enmarcada con la ‘B’ —entendí, días después, se refería a Belmonte—, otra botella se sujetaba a duras penas con el cuello inclinado hacia la pared. En la etiqueta, esta vez unos labios dibujados tapaban la palabra ‘Airén’. A ambos lados, algunos volúmenes de Fray Luis de León —*De los nombres de Cristo*, *La perfecta casada*, un grueso libro que recopilaba su poesía completa—. Leí algunos de sus poemas, envidié la vida retirada del agustino que tanto amó a Dios. Por un momento me sentí pequeño, diminuto, como un grano de tierra en una meseta inmensa.

Proseguí la revisión de otras baldas. La más nutrida, marcada con la ‘T’, de Toledo, no cabía duda. Diversas recopilaciones de sonetos, canciones, odas, elegías, epístolas, coplas, epigramas del gran Garcilaso de la Vega, de los que me acordaba por el esmero con el que había subrayado sus versos, algunos de los cuales me sabía de memoria.

También en ese apartado, pero con los libros apilados al margen, diversas obras de Don Juan Manuel, sobrino del mismísimo Alfonso X El Sabio, que vio la luz en Escalona. Y escondido al fondo, junto a la pared, una recopilación de la obra conservada del escritor morisco Ibrahim Taybilí, al que la desgracia le llevó a un calamitoso exilio en Túnez.

En la ‘P’ se agrupaban diversas ediciones de *La Celestina*, de Fernando de Rojas. El autor de la Puebla de Montalbán, originario de una familia de judíos conversos, había pisado poco su tierra, pero se dice que era tan aficionado a la variedad bobal que su excesivo aprecio por ella le impidió acabar con su gran empresa literaria e iniciar otras nuevas, acordes a su talento.

Sería largo enumerar la clasificación de su biblioteca, sin el orden -o desorden- inicial que él había previsto tiempo atrás. En la ‘G’, de Guadalajara,

se acumulaban varias obras de teatro de Antonio Buero Vallejo, de quien era muy devoto, en especial de *Un soñador para un pueblo*; y en la ‘T’ —de “Tajo”, así creía saber— novelas de José Luis Sampedro como *El río que nos lleva* y *Real sitio*.

En los distintos apartados de la estantería se guardaban espacios a la ‘A’ de Argamasilla de Alba, con innumerables ediciones de *El Quijote*, algunas en lenguas extranjeras, como si estuviéramos en una sección del museo cervantino que aún pervive, para milagro de los letraheridos, en El Toboso. Algo parecido sucedía con la ‘E’ de Esquivias, la ‘I’ de Illescas o la ‘V’ de Valdemoro. Aunque, en este último caso, no sabía muy bien la razón, porque era el único espacio de la estantería que permanecía vacío, al igual que la botella sin corcho que ocupaba el vano, con la provocación del tiempo que se ha ido y nos hemos bebido.

Comprobó las etiquetas de otras botellas. Blancos y tintos; jóvenes, envejecidos en barrica; crianza, reserva, gran reserva, espumosos. Sobre un trozo de papel, en cada caso, una marca —una cruz, una estrella—, una señal —la silueta de un caballero y un hidalgo—, el perfil de una barrica, la estampa inmensurable de una llanura azotada por el frío en invierno y el sol generoso en verano.

Acarició cada botella como si fuera el cuerpo hermoso de la mujer que lo había abandonado. Se quitó la ropa y se asomó desnudo a la ventana. Los transeúntes no se fijaron en él. Llenó la bañera de agua fría y colmó su piel con la esperanza del invierno. Ella se había ido, como en tiempo de cosecha. En “acrecentar e alumbrar el saber”, como había leído en Don Juan Manuel, se aplicó con ahínco. Con la tierra frotaba la piel cuarteada y la sequedad que preludia la lluvia, el frío, la niebla.

A lo lejos, con los ojos cerrados, aún la veía, como el campo que aguarda, como la sangre que riega cada uno de los dedos y se resisten a contar los años que se miden en unidades de esperanza.

SEÑALES

Susana Coyette Urrutxua¹²



— ¿Usted cree en las señales? —pregunta ella al policía, con una sonrisa que intenta ser coqueta pero que se le tuerce un poco por culpa del esparadrapo que le cruza la ceja como una autopista recién inaugurada.

El apósito es tan blanco como su vestido de novia; tan blanco como los fluorescentes despiadados de la sala VIP del hospital Ruber, donde hasta el dolor parece tener seguro privado. El policía la mira con esa mezcla de curiosidad y cansancio que solo se ve en funcionarios que ya han vivido demasiadas cosas para su edad.

— ¿Que si creo en las señales...? Ya te digo yo que sí —resopla, como quien confiesa que cree en los Reyes Magos pero solo porque le da pereza discutir.

Lleva un rato observando las gotas de sangre que salpican el corpiño del vestido. Son como lunares de flamenca, pero diseñados por un pintor abstracto con mal despertar. Algunas gotas incluso han decidido emprender un viaje en solitario, formando hilillos que serpentean hasta la cola desgarrada. El policía

¹² Doctorada en Filología Hispánica, después de una vida y media dedicada a la docencia y a la escritura académica, en estos momentos aborda la escritura creativa: microrrelatos, poemas en prosa, poemas de estructura libérrima, guiones teatrales breves, reflexiones personalísimas...

aparta la mirada, quizá porque empiece a marearse o quizá porque teme que el vestido le hable.

—Un chaval en monopatín ha robado un chihuahua a una señora delante de nuestras narices —explica, con la dignidad herida—. Mi compañero ha estampado el coche contra un stop durante la persecución. Tremendo latigazo me he llevado en el cuello.

Se frota la nuca con dramatismo, como si esperara que ella le ofreciera un masaje terapéutico.

— ¿Y a ti qué te ha pasado? —pregunta al fin, animándose como quien abre una cerveza después de un día horrible.

Ella recoloca la cola del vestido sobre el mármol blanco, que huele a lejía cara, de esa que promete matar el 99,9% de las bacterias y el 100% de la dignidad.

—Me he pisado la cola al salir de casa y he rodado escaleras abajo —confiesa, sabiendo que la frase tiene el mismo efecto que un puñetazo de humor negro—. Muy aparatoso, pero estoy bien. Solo cinco puntos. La sangre es muy exagerada, ya sabe. El médico me ha dicho que espere diez minutos por si me mareo.

Hace una pausa teatral, como quien prepara un giro de guion.

—La ceremonia es dentro de veinte minutos en los Jerónimos. Mi padre está esperando en doble fila dentro del coche de novios, un Rolls-Royce biplaza. No había aparcamiento y... bueno, ya sabe, un coche así no se deja en cualquier sitio. Es como abandonar un Renoir en un banco del parque.

Los ojos del policía se iluminan. Ha encontrado su misión del día. Su momento heroico. Su escena final de película.

—Si quieres —propone, inflando el pecho—, puedo decirle al compañero que os escolte con el coche patrulla. Con la maratón está todo colapsado, pero si os abre paso, llegáis.

Ella lo mira con una mezcla de ternura y lástima, como quien observa a un cachorro intentando ladrar por primera vez.

—¿Usted cree en las señales? —repite, con una calma que desarma.

—Ya te he dicho que sí —responde él—, pero ahora las señales dicen que hay que llevarte a toda leche, tal como estás: con el vestido ensangrentado, el esparadrapo... vamos, perfecta para una boda de impacto.

Cuando la novia entra en los Jerónimos, el murmullo es inmediato. El vestido manchado. El esparadrapo. La cola rota. El aura de tragedia griega mezclada con comedia romántica de sobremesa. El estupor se extiende como incienso barato.

Hasta que alguien, en la última fila, empieza a aplaudir. Tímidamente. Luego otro. Y otro. En segundos, la iglesia entera estalla en una ovación que parece más propia de un concierto de rock que de una boda.

El novio, lejos de escandalizarse, rompe en carcajadas. Y su risa es tan contagiosa que hasta el cura sonríe, aunque intenta disimularlo porque no está en el guion litúrgico.

Un grupo de turistas japoneses, que pasaban por allí buscando arte sacro, saca cámaras y móviles. Graban fascinados lo que interpretan como una performance vanguardista sobre el matrimonio en la España contemporánea. Uno incluso llora de emoción estética.

En cuestión de horas, el vídeo llega a TikTok.

En cuestión de días, se viraliza como ***La Boda Sangrienta de Madrid***. En cuestión de meses, diseñadores de alta costura lanzan colecciones inspiradas en la novia accidentada. Las bodas tradicionales quedan obsoletas. Ahora lo moderno es llegar al altar con un vestido rasgado, sangre artificial y un aire de superviviente glamurosa.

Años después, la abuela le cuenta la historia a su nieto, con un orgullo que no cabe en el salón.

—Yo no quería casarme —confiesa—. Y pensé que las señales me estaban empujando a huir. Pero luego entendí que el destino me estaba regalando una oportunidad de dejar huella. Y vaya si la dejé. ¿Has visto el desfile de novias heridas en París este año? Todo gracias a las señales. ¡Lo sabía! No eran advertencias, eran presagios de éxito. Las señales nunca fallan.

EL SUAVE RONQUIDO DEL OSO

Rosalía Guerrero Jordán¹³

A las siete en punto de la mañana, unos trinos brotan del despertador. Apenas pueden oírse, pero poco a poco van aumentando su volumen. Después, una tenue luz rosada ilumina la habitación.

El resto de la casa permanece callada. Nada de voces somnolientas que se desean los buenos días, ni de labios que se besan, ni de pasos torpes que se desperezan al caminar.

Quizás sea día festivo, y sus habitantes olvidaron apagar el despertador. O tal vez se ausentaron por vacaciones.

De repente, el silencio se quiebra en la cocina: un silbido afilado escapa de la cafetera, avisando de que el café ya está listo. Desde la otra esquina de la encimera, la tostadora le contesta con un chasquido metálico.

Con la perfección de una danza mil veces ejecutada, la casa se despierta. Como cualquier otro día.

Al final del pasillo, en la habitación principal, la cama permanece deshecha, guardando todavía las huellas cálidas de los cuerpos que cobijó. Sobre ella yacen, como siluetas incorpóreas, las prendas de ropa que alguien abandonó.

En la habitación de al lado, junto a una cuna y un triciclo caído, descansa un peluche tuerto y un chupete a medio gastar. Una familia de elefantes sonríe desde la pared.

En el salón, una orquídea solitaria languidece, mientras las hormigas se dan un festín con los restos de la última cena. Aturdidas, algunas abandonan la fila y acaban ahogándose en un pequeño lago que ha surgido junto a un vaso volcado.

Una rata se pasea por la cocina, intentando derribar el tesoro que se oculta dentro del cubo de basura. Cuando al fin lo logra, una nube de desperdicios forma un cuadro abstracto sobre las baldosas de colores.

¹³ **Rosalía Guerrero Jordán** (Valencia, 1967), psicóloga de formación, administrativa de profesión, y escritora de vocación. Ha ganado varios premios, tanto de relato corto como microrrelato, y ha resultado finalista en multitud de ocasiones. También ha publicado en diversas antologías y blogs colectivos.

La radio se enciende y se une al coro de electrodomésticos. Pero en lugar de su alegre parloteo habitual solo se escuchan palabras entrecortadas, frases sueltas, voces desesperadas. Y, entre ellas, un ruido blanco de interferencias, como ronquidos de un oso hibernando.

«...las llamadas a emergencias...»

«...fuego...»

«...densa nube de humo...»

«...ejército...»

«...incendios incontrolables...»

«...evacuados...»

«...humanidad en peligro...»

El café lleva unos minutos manando y, sin una taza que lo acoja, rebosa hasta la encimera. Allí le espera una mancha reseca de varios días, que se desliza para acabar formando dibujos infantiles sobre el suelo.

Un delgado hilo de humo negro se eleva desde la tostadora, esparciendo un ligero olor a brasas de pan.

Ya no suenan los trinos del despertador, convencidos de que han cumplido su misión. De que la casa ya se ha puesto en marcha y sus habitantes han salido a atender sus funciones.

Ya no se escuchan las voces de la radio. Tan solo el suave ronquido del oso permanece en el aire.

Desde la calle se filtra un resplandor rojizo. Alcanza los cristales y los hace estallar. Entra por la ventana abierta y prende las cortinas, que bailotean como dementes.

Una alarma solitaria comienza a chillar con su voz puntiaguda y desesperada. Desde el techo, nubes de metal dejan caer una lluvia inútil.

Cuando una inmensa bola roja abraza el hogar, el oso, al fin, calla.

ESENCIA

Miguel Ángel Murillo¹⁴



Tras muchos años de fracasos estrepitosos, no tuve más remedio que acudir al encuentro de un genio de la lámpara para conseguir el deseo que llevaba anhelando toda la vida. Me presenté en su despacho y lo encontré

¹⁴ **Miguel Ángel Murillo** (Castellón. 1966). Licenciado en historia, colabora habitualmente con artículos sobre la historia medieval de España. Ha publicado dos novelas de ficción, *La muerte del señor Sijena* (2015) e *Historia de un hombre ridículo* (2016). Actualmente está trabajando en una colección de relatos sobre el personaje del genio de la lámpara al que también corresponde el cuento "Esencia".

suspendido en el aire, restregándose la espalda sobre el techo como un cerdo sebo. Seguramente intentaba aferrarse a la calidez de unos rayos de sol que, a través de la ventana, penetraban en la habitación.

— ¿Qué se le ofrece al señorito? — Me preguntó.

Por un momento, temí que la fuerza de gravedad recobrase sus propiedades y que el voluminoso engendro de piel azul y de orejas puntiagudas se desplomase sobre mi cabeza. Había advertido que únicamente se mantenía ligado a la boca de la lámpara por medio de sus extremidades inferiores, tan volubles e inconsistentes que en cualquier momento podían quebrarse.

Me armé de valor y, alzando la cabeza con altivez, le dije:

— Vengo a pedirte un deseo.

— ¿Un deseo? Generalmente son tres deseos los que concedo.

— Lo sé, pero yo creo que me bastará con uno solo. El caso es que me satisfaría poseer las suficientes riquezas para labrarme un futuro en el que no me falten ninguno de esos caprichos de los que alardean los hombres más ricos del mundo; también me gustaría conservar el estado de salud del que dispongo ahora a mis veintiséis años y adquirir una forma atlética similar a la que muestran en sus apariciones televisivas tanto actores, como deportistas y famosos en general; sin obviar el hecho de que también me gustaría que se efectuaran algunos retoques estéticos en mis rasgos faciales que disimulen ese grotesco aspecto que se revela en mi semblante; también me gustaría gobernar la voluntad de todos aquellos que me contradicen; y me gustaría conquistar a la mujer más bella del universo y mantener de por vida en ella la llama de la sumisión, de la afección y de la devoción hacia mí. Todo eso te pediría, pero finalmente he llegado a la certeza de que simplemente bastaría con que me concedieras un deseo para lograr todos mis propósitos; el deseo de la felicidad eterna.

— ¡Buff!

— ¡Cómo que Buff!

Había emitido el genio un bufido de apariencias inquietantes. Quizás fuera solo un gesto instintivo de desidia y hastío, pero en él también se apreciaban aires de descortesía y de arrogancia.

— Digo ¡buff! Porque, a pesar de que me ha conmovido su discurso, especialmente en la parte dedicada a sus frustraciones emocionales y sexuales, en la que ha utilizado unas rimas consonantes de estimable armonía, y, a pesar también de que aprecio evidentes signos de altruismo en su predisposición a facilitar mi trabajo, el caso es que me ha cogido usted por sorpresa. Desde los tiempos de la república de Weimar y mi encuentro con Adolf Hitler no me pedían un deseo en racimo. Confieso que en aquella ocasión el asunto se me fue de las manos.

— ¿En racimo?

— Claro. Un deseo en racimo supone una serie de concesiones en derivada. Tenga usted en cuenta que su deseo lleva implícito una correlación de múltiples factores que requieren de un proceso convergente de compleja elaboración y de resultados indeterminados. ¿Me entiende?

Yo no lo entendía. Quizás escondiese algo de ironía en sus palabras, pero teniendo la certeza de que me hallaba ante un ser mágico, redentor de la frustración humana, no tenía más remedio que confiar en su buena fe.

— Si lo desea puedo concederle una sonrisa eterna y atiborrarlo con dos toneladas de hormonas de serotonina. Espero que tenga suficiente hasta el final de sus días.

Fui a responderle, pero, en ese momento, oí el estrepitoso sonido de un caza F-16 que cruzaba el cielo. Su estela de vapor oculto brevemente el haz de luz solar que entraba por la cristalera y el genio se revolvió bruscamente hacia el ventanal estampando su rostro contra el cristal. Estaba enfurecido, mostrando ser un genio con mal genio.

— No puedo aceptarlo. Lo que me propones no es más que una felicidad artificiosa, sin esencia alguna — dije finalmente.

Fue entonces cuando, sin despegar su mirada de la estela brumosa que poco a poco se iba difuminando, me contestó lo siguiente:

— ¿Esencia? Esencia va a ser cuando baje del techo y le propine dos hostias al señorito. Entonces me pedirá el deseo de recuperar los dientes y de no sentir dolores; y, cuando se lo conceda, sabrá de verdad lo que es la felicidad. El señorito decide.

FERNANDO

Virginia Sánchez Lafuente¹⁵



Dos copas de más. El estómago encogido. 30 minutos de recorrido. Suena en la radio *Fernando*, de Abba. Ella sube el volumen. Se agarra al volante. Mira sin mirar. El trayecto lo podría hacer con los ojos cerrados. Una curva cerrada, un ceda el paso, un descampado con la puta congelándose el alma; otra curva, un enorme y vetusto anuncio de brandy, y la carretera parece no acabar. Ella

¹⁵ **Virginia Sánchez Lafuente** (Montcada i Reixach, Barcelona, 1983) es periodista y filóloga hispánica. Compagina su labor docente con la escritura creativa.

no entiende la letra de la canción, sólo ciertas palabras como *Fernando* y *eyes*. De pronto, en el estribillo, la carretera se ensancha, y ve en el inmenso y oscuro asfalto, tras el parabrisas, el vaho y la incesante lluvia, un cuerpo desangrándose, desorientado, ciego, golpeando con los puños cerrados la cortina de agua. Ella. Ella sin su *Fernando*. Deja que los coches la adelanten. Baja la ventanilla. Diminutas gotas salpican su mejilla. En el semáforo se mira en el retrovisor. Encuentra terriblemente bellas las lágrimas de sus ojos hinchados. El rímel corrido se diluye en las sombras movedizas que proyectan las luces de los coches sobre el alquitrán. Vuelve a subir el volumen de la radio. ¿Y si cambiara de carril? ¿Y si soltara el volante? Empieza a tararear la canción cada vez con mayor intensidad, aferrándose al volante, con la mirada atravesando los fríos y sucios cristales de la noche, atrapada en un laberinto de líneas discontinuas. ¿En qué se había convertido? Un intermitente. Cambio de carril. Un anuncio en la radio. Poco a poco la carretera va bifurcándose en otras más estrechas e iluminadas, y aparecen los primeros edificios de la ciudad. Primero, un polígono con sus naves desiertas; al cabo de unos minutos, surge de la nada un famoso centro comercial con su aparcamiento vacío y sus centelleantes anuncios; y enseguida, bloques y más bloques de pisos que recortan el paisaje, flanqueándolo, devorándolo, mientras los coches desfilan por angostas callejuelas, uno detrás de otro, como cerdos en el matadero. Un conductor pierde los nervios mientras la adelanta por la izquierda, acribillándola a insultos. Justo cuando su ventanilla se cruza con el rostro del conductor, la increpa con más vehemencia: ¿A qué coño esperas? Ella le devuelve una vidriosa mirada, y musita unas palabras incomprensibles para ambos, con la lengua entumecida. De un volantazo el coche desaparece en la oscuridad. Ella se frota los ojos inyectados en sangre, y arranca de nuevo. Más y más alquitrán mojado. La voz del locutor se entremezcla con los primeros compases de la siguiente canción, pero ella ya no presta atención. Apaga la radio. El paisaje urbano le resulta mucho más familiar. En la gran avenida el semáforo ámbar la obliga a detenerse. Por la ventanilla sigue a una pareja de viejecitos que cruzan el paso de cebra bajo un paraguas. En la acera, una especie de luz fulgura dentro del contenedor de basura. La mujer achica los ojos para ver mejor, y distingue a un hombre harapiento que a duras penas ilumina el interior del

basurero con la luz de la pantalla de un móvil. Cerca de él hay un carro del supermercado atiborrado de varas de hierro y una maraña de cables. El semáforo se pone en verde. Con el rabillo del ojo mira la bolsa que ha dejado en el asiento de al lado. ¿Le gustará? Gira a la derecha, y a pocos metros vuelve a girar a la derecha. Deja atrás la plaza y las tiendas con las persianas bajadas. De repente el coche se detiene. Vuelve a mirar la bolsa del asiento de al lado. Mueve el retrovisor y con un pañuelo se limpia las negras ojeras y con la mano temblorosa coloca un mechón de pelo tras la oreja. Sonríe sin creérselo del todo. Se hace la fuerte, pero es consciente de su vulnerabilidad, de que le han sentado fatal esas dos copas de más. Falsa ilusión de bienestar. Y ahora estaba allí, en el coche, sin saber qué hacer, con el regalo. Quizá no fuera una idea sensata presentarse esa noche en su casa como había hecho tantas otras noches. Sabía exactamente lo que iba a suceder, cómo se iba a comportar él, cómo respondería ella; luego habría silencios incómodos y un adiós que a ella se le haría agónico. Y vuelta a empezar. Pensamientos circulares y obsesivos. La Nada. Miró hacia el edificio, la persiana de la ventana estaba subida y la luz estaba encendida. Sacó del bolso la cajetilla de cigarrillos que le había dado una compañera del trabajo al acabar la cena navideña de su empresa. Apagó el motor del coche. Y hubo un silencio. Dejó que ese silencio absorbiera cualquier otro pensamiento. Se fumó el cigarrillo con un placer inaudito, ella, que no era fumadora, que aborrecía a los fumadores. Se rió de sí misma, de actuar como una adolescente. Y sin embargo, por primera vez en mucho tiempo, se vio desde fuera del coche, y por primera vez no se dio lástima. De repente, una sensación de empoderamiento había arraigado en ella. ¡Qué extraño!, se dijo. Cogió el regalo y le pareció absurdo. Todo. Ella y él. Ese regalo tan bien envuelto. Aquella noche de festejos navideños. Y empezó a reír con un placer nuevo. Y así, de esa manera tan ridícula y banal, empezó a pensar en su casa, en su gato esperándola, en aquel libro que hacía tiempo que dejó a medias y que no estaba mal del todo, en pequeñas cosas que un día la abrigaron de las frías navidades. Y así fue como decidió encender el motor del coche, y de camino a casa volvió a canturrear la canción de Fernando.

POSESIÓN

Tina de Luis¹⁶



El extraño traspasó la puerta y se sentó en una mesa cercana a la de Esteban.

—¡Muy buenas! No hay mucha gente por aquí, ¿verdad?

—Cada vez menos.

Esteban, con la cabeza baja, volvía furtivamente la mirada hacia el recién llegado, y al instante la clavaba, obsesivo, en la ajada mesa de madera.

—Parece muy nervioso. ¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó el foráneo.

—No, no puedes, pero se agradece. Solo espero la hora de marcharme.

—¿Va muy lejos?

—Lo más que pueda.

Esteban se apretaba una mano con la otra, con evidente crispación.

¹⁶ **Tina de Luis** ha compaginado la enseñanza con su pasión por la escritura. Además de colaborar con poemas, cuentos y relatos en diversas páginas y publicaciones, tiene editadas diez novelas: infantiles, juveniles y para adultos.

—¿Tú también estás de viaje o vienes a quedarte?

—Estoy de paso. Ahora aquí..., ahora allá...

—Mejor. ¿Nos hemos visto antes? Tu cara me resulta conocida.

—No es probable —contestó el forastero.

—Bien. Pues, conocido o no, hazte un favor y sigue mi consejo: yo que tú me largaría lo antes que pudiera.

—¿Por qué lo dice? Este sitio parece muy tranquilo. Y acogedor.

—¿Tranquilo...? ¿Acogedor...? ¡Cómo se ve que eres de fuera!

La agitación de Esteban iba en aumento.

—¿Qué es lo que tanto le preocupa?

—¡Qué me había de preocupar! ¿Acaso no lo captas? ¿No lo sientes?

El nuevo contuvo el aliento y su mirada hizo un barrido exhaustivo del local, preguntándose qué sería lo que tenía que percibir.

—Se trata de los intrusos. Los malditos intrusos. Nunca paran. Nunca descansan. Nos vuelven locos. Se cuelan por cualquier resquicio. Se adhieren a nuestros sueños. Noche tras noche. Y llega un día en que se te llevan. No vuelves más.

El forastero lo observaba cada vez más confuso.

—¿Qué se te llevan? ¿Quiénes?

Esteban continuaba hablando. Como para sí mismo.

—Ante todo, no los mires. No los escuches. Si no..., estarás perdido.

—¿Y a dónde te llevan?

—¿Por qué nadie quiere creermelo? No me hacen caso. Me toman por loco, pero lo cierto es que la gente desaparece. Poco a poco. Los incrédulos dicen que se van por voluntad propia; a otra parte, que este pueblo está muerto. Yo sé que no es verdad; son ELLOS quienes los secuestran. Son una horrible pesadilla, me están matando: penetran en mí y me poseen. Y cada vez que salen, me extirpan y se llevan consigo un trozo de mi vida, de la forma más atroz. No puedo imaginar mayor suplicio. Cuando la situación se vuelve insoportable, despierto con convulsiones, en medio de un charco de sudor. No lo aguanto más; por eso me largo.

Esteban parloteaba, desquiciado, con la mirada errática. Se rascaba las manos, dejando surcos rojos a lo largo de la piel.

—Hazme caso, vete de aquí cuanto antes. Por ti mismo. No dejes que te atrapen.

El forastero se levantó y se paseó por la estancia. Esteban no le quitaba la vista de encima.

—Lo peor de todo es mirarlos fijamente, como a Medusa. Se infiltran por tus ojos, por tus oídos. Y es entonces cuando te dominan. Anulan tu voluntad. Te convierten en su siervo. Se vuelven imprescindibles y te arrastras a sus pies.

Mientras el desconocido seguía curioseándolo todo. Esteban pegó un grito estremecedor:

—Pero... ¿qué estás haciendo? ¡¡¡No toques eso!!! ¡No lo enciendas! Les estás abriendo el portal. ¡No has entendido nada! ¡¡¡Corre!!! ¡Y no mires atrás!

Esteban salió a la calle como alma que lleva el diablo.

El forastero se quedó paralizado. Miró... Escuchó...

¡Entonces los vio!

El portal abierto se llenó de... ELLOS.

Se movían. Gesticulaban. Hablaban. Sonreían. Lo tentaban.

¡Entonces lo comprendió!

Ya no sería capaz de apartar la vista. Ya era suyo para siempre.

Una premonición se dibujó en la gigantesca pantalla:

MAXFLICK, televisión a la carta.



RETORNO A TORRE DE LA HIGUERA

Luis Miguel Ramos Bersabé¹⁷



Dicen los viejos imanes que Alá, en su infinita sabiduría, hizo la tierra blanda para el arado y dura para los huesos de los muertos. Mis manos, que aún recuerdan la curvatura del mango de la azada, ahora solo conocen la aspereza de la piedra en este refugio de la sierra. Hemos huido. El viento frío me corta la piel de los nudillos, recordándome que sigo vivo a pesar del miedo. La rebelión de Al-Azraq se desangra entre los valles de Espadán, y el eco de los cascos de los caballos del rey Jaime resuena cada tarde un poco más cerca. No soy un héroe ni un mártir. Soy Azmet, de Torre de la Higuera, y mi única guerra, hasta ahora, había sido contra la sequía y la mala cosecha. Pero hoy la derrota huele a humo lejano y a miedo callado.

Partí con la promesa de un paraíso en esta tierra y con la bendición de Al-Azraq. Mi esposa, Fátima, envolvió mi única túnica buena con manos que temblaban más que las mías. Mi hijo Yusuf, de cuatro años, me preguntó si le traería un caballo del infiel. Le dije que traería higos dulces. Mentí. En su lugar, traigo grabada a fuego en la memoria la mirada del hombre al que desarmé junto al arroyo de Ayn. Le dejé con vida porque en sus ojos, despojados de toda ira, reconocí el mismo pánico que sentía yo. No alcé la espada, salvo para

¹⁷ **Luis Miguel Ramos Bersabé.** Graduado en Ingeniería Química y Técnico Superior en Química Industrial, combina su faceta científica con la literaria, y ha publicado obras como *El octavo condado* (novela de ciencia ficción) y las colecciones, *Entre relatos y cuentos I, II y III*.

clavarla en la tierra y huir la noche previa al asalto final contra el castillo. Cobardía, lo llamarán quienes se quedaron. Yo lo llamo la única semilla de humanidad que aún me queda por plantar.

El regreso no es un camino: es una herida abierta. Las zarzas se enganchan a mi túnica como si quisieran retenerme en la sierra. Cada sendero que recorro me aleja de la furia de los vencedores y me acerca al juicio de los míos. ¿Qué dirá Fátima al verme sin gloria ni botín, con la barba salvaje y el alma hecha jirones? ¿Mirará Yusuf a un padre que volvió sin honor ni regalos? En la aldea, los hombres que no marcharon, o que regresaron heridos pero erguidos, ¿me permitirán sacar agua del pozo común?

Llevo tres días caminando, alimentándome de bayas y bebiendo de los hilos de agua que bajan de la sierra. Anoche soñé con mi higuera: la vieja, la torcida, la que da sombra a la puerta. Soñé que abrazaba su tronco áspero y sentía, a través de la corteza, el lento y poderoso latido de la tierra. Un latido de paz. Un ritmo ajeno a sultanes y reyes, que solo entiende de raíces y de savia.

Hoy, al atardecer, diviso por fin la línea familiar de los tejados de paja recortados contra un cielo violáceo. El aire está inmóvil, tan quieto que ni los insectos se atreven a zumbiar. No hay humo en las chimeneas. Un silencio antinatural, pesado, se cierne sobre Torre de la Higuera. El corazón se me encoge. ¿Habrán llegado antes las represalias? ¿Habrán pagado los míos por nuestra rebeldía?

Apuro el paso, con la garganta seca, olvidando la fatiga. No pienso en la espada abandonada, ni en Al-Azraq, ni en el rey cristiano. Solo pienso en el rostro de Yusuf y en el calor de la mano de Fátima. Llego al lindero de mi pequeño campo. La tierra está revuelta; hay huellas de caballos. Pero mi choza... mi choza sigue en pie. Y entonces la veo.

Fátima está de rodillas junto al bancal, arrancando malas hierbas con una determinación feroz. Su espalda, delgada y recta, es el monumento más firme que he visto jamás. A su lado, jugando con un palo y una piedra, está Yusuf.

No me ven. Contengo la respiración; mi universo se reduce a este cuadro de frágil normalidad. Ellos son mi Torre. Mi Higuera. Mi verdadero reino: no el de las batallas ni los estandartes, sino el del surco recto y la cena compartida.

Con lágrimas que no logro contener y que me abren surcos en el polvo de la cara, doy un paso fuera del matorral. No traigo higos dulces. Traigo las manos vacías, el corazón devastado y una verdad simple como una piedra pulida: he vuelto.

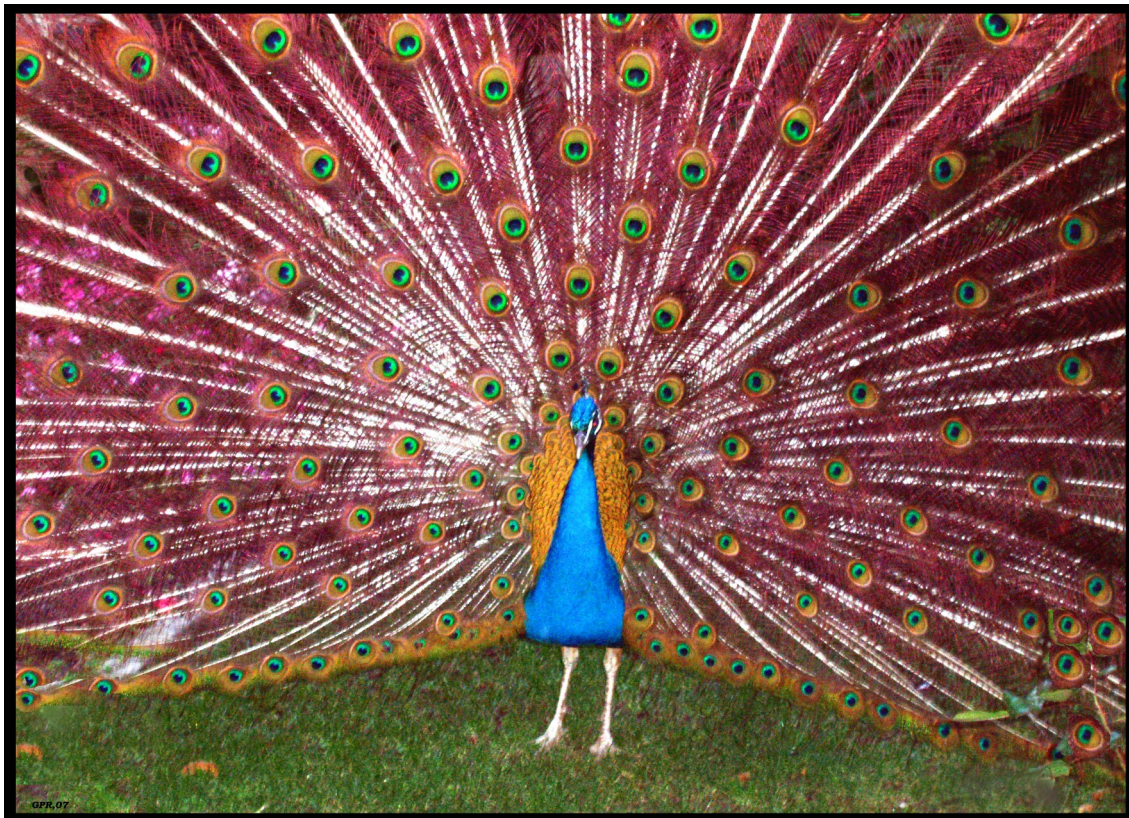
—Fátima —consigo susurrar.

Ella se vuelve. En sus ojos no hay reproche, solo un alivio tan hondo que me desarma más que cualquier ejército. Yusuf corre hacia mí y, al alzarlo en brazos, al sentir su peso contra mi pecho herido, comprendo.

Mi retorno no es un final. Es el primer surco en una tierra arrasada. Y esta vez no sembraré semillas de guerra, sino las únicas que me quedan: las del silencio, la memoria y este sosiego áspero, como la corteza de mi higuera.

ELECTRIX

Gilmar Simões¹⁸



Iris nació con problemas de salud: tenía unos ojos que parecían los de un ave y una mirada que parecía la de un prehistórico. A los tres años, todavía no podía caminar y hablaba con dificultad. Cuando cumplió los cuatro, su capacidad motora aún era limitada y daba pasos inseguros. Además, sus frases se limitaban a unir tres palabras. Entonces decidieron llevarla al médico, que le hizo un par de pruebas físicas y de audición. Él les recomendó que le hicieran un examen neurológico y un análisis de sangre completo para descartar anomalías que afectaran al cerebro.

Había que recorrer doscientos kilómetros hasta la capital, pero no era la distancia ni el dinero lo que les impedía tomar la decisión, sino la pereza. Al día siguiente, Iris recibió un tierno pollito como obsequio, posiblemente como una muestra de afecto para mitigar cualquier tipo de sentimiento de culpa.

¹⁸ **Gilmar Simões.** Autor hispano-brasileño. Ha estudiado sociología. Ha publicado relatos y reseñas en *Narrativas*, Revista digital; *Revista Almiar*, Margen Cero; *Letralia* y *LoQueSomos*, República de las Letras; *Minotauro*, *antología de relatos breves*, de Latin Heritage Foundation (Washington, EUA, 2011).

Enseguida, madre e hija lo pintaron de azul eléctrico. Entre risas y pinceladas, Iris lo llamó «Electrix». Mientras tanto, su madre y su padre le dejaban hacer lo que le diera la gana; no le coartaban en nada sus deseos ni antojos.

Solo un año después fue que ambos decidieron por fin que era hora de que Iris se hiciera los análisis clínicos. Tras los análisis, los médicos descubrieron que se trataba de una enfermedad causada por una bacteria que se transmite por contacto con animales durante el embarazo. Sin embargo, no lograron determinar con certeza qué animal la había transmitido. Podrían haber sido loros, gatos, perros o gallinas que circulaban libremente por la casa. Así que el médico le recetó unas pastillas y les dijo que volvieran a los seis meses para la revisión.

Los fines de semana, su padre y su madre se dedicaban a beber y a bailar hasta altas horas de la madrugada mientras Iris dormía. Al principio, se retaban a jugar al juego de la botella dentro de un círculo donde estaban señalados los puntos cardinales: consistía en escoger uno y girarla cada cinco minutos. Quien perdía más veces se tomaba la tapa de la botella de licor y, tras media hora, tenía que irse a su casa a ver cómo estaba Iris de dormida. Pero, tras un par de horas, se cansaban y dejaban de beber, ya que, estando borrachos, veían que ella dormía profundamente.

Desde los siete años, Iris se quedaba sola en casa en compañía de Electrix. Desde entonces, empezó a compartir con él las pastillas de colores que ella misma tomaba. A su madre le intrigaba que Electrix creciera tan rápido mientras Iris aún caminaba con dificultades. Una noche en la que Iris se quedó sola, se despertó gritando porque el pollito le pisaba la cara y le picoteaba los botones del pijama. Iris amaneció con un ojo hinchado y con más estrabismo, si cabe. Además, estaba casi desnuda, lo que generó celos. El miércoles era el día de descanso en el que su madre podía quedarse con ella.

Meses después, el pollito parecía un pavo. Iris seguía con su indisoluble amistad con él, pero su padre bromeaba que lo rellenaría en Navidad. «Estará rico con frutas frescas y secas, aceitunas, nueces, especias y pan». Iris lo encaraba con su mirada neolítica mientras él se relamía de gusto.

Iris comía mal y en exceso. Solo comía pasta, dulces, chocolates y galletas, y compartía la comida con Electrix. Además de ser torpe, Iris tenía

sobrepeso. La profesora de Educación Física le recomendó que practicara danza. Iris empezó a asistir a clases con determinación; lo hacía con esmero. Era una alumna aplicada, pero reproducía los pasos como un autómatas. Electrix repetía los pasos que ella daba de manera un poco ridícula. Aunque su compañía la animaba, no era lo que Iris necesitaba. Su padre habilitó un cuarto con aislamiento acústico, barras y un equipo de música para que pudiera practicar. Desde entonces, Iris se entrenaba en las barras durante varias horas al día con una paciencia infinita para mejorar su coordinación y elasticidad, pero sobre todo para llenar el vacío en el que vivía.

Las pastillas apenas le hacían efecto a Iris, mientras que en Electrix lo convirtieron en un pavón —no real, es cierto—, pero tampoco vulgar. Las plumas se le cayeron; se quedó sin plumas, excepto las de la cabeza, en las que se le quedó el azul eléctrico, y le creció puntual la cresta, como es natural en un pavo.

Un viernes por la tarde, su madre, preocupada por su mutación, le dijo que sería mejor llevarlo a una granja, ya que le inquietaba su crecimiento desmedido. Iris, que tenía doce años, la miró con el ojo bizco al oír la argucia y se puso histérica.

—Cariño, si tiene casi el tamaño de un avestruz, necesita espacio. Fíjate en la carnosidad de su cresta punk, en su pico de tucán y en su mirada de gallinácea prehistórica.

—Donde vaya Electrix voy yo.

Su madre abrió los ojos asustada.

—También al matadero.

Su madre, aterrorizada, intentó rebajar la tensión.

—Vale, cariño, no lo vamos a meter en el maletero, sino que vamos a llevarlo al veterinario.

—Vete tú —dijo con insolencia.

Su madre le dio una bofetada; ella volvió a la tienda, irritada, dando un portazo. Su padre llegó minutos después y la encontró abrazada a Electrix, que suspiraba y daba pequeños ronquidos. Él comió y volvió al trabajo antes de que se despertaran.

Una hora después, Iris se despertó excitada. Fue al armario, vació medio bote de pastillas en la boca de Electrix y ella se tomó la otra mitad. Lo cogió de un ala y lo arrastró al cuarto de danza. En lugar de *La cenicienta*, de Prokofiev, Electrix puso *Sympathy for the Devil*, de los Stones. Bailaban, giraban, saltaban alocadamente y bebían güisqui. Cuando la música terminaba, Iris decía: «Electrix, play it again». Bailaron hasta que, exhaustos, se cayeron al suelo. Él se quedó muerto de risa. Mientras tanto, Iris se miraba en el espejo y notaba que tenía los labios hinchados. Sus brazos parecían alas enormes que aleteaban en el aire como las de un águila.

Al mismo tiempo, sus dedos se alargaron como los de Electrix. Su cuello se estiraba, los ojos se alejaban más entre sí y su cabeza casi tocaba el techo. Empezó a dar gritos delirantes y terroríficos.

Era sábado de carnaval; su padre y su madre bebieron y bailaron bastante, como si no hubiera un mañana. Esa madrugada volvieron a casa dando tropezones, mareados pero felices. Al acercarse, Pedro dijo:

—Laura, ¿ves lo que veo?

—¿Qué ves?

—Vislumbro una cabeza que sale por el techo.

Ella, riéndose, dijo:

—Pedro, yo veo dos alas gigantes por las ventanas.

Mientras Pedro se frotaba los ojos como si tuviera una alucinación, Laura decía:

—Quizá hemos bebido y bailado demasiado.

Era el efecto del delirium tremens o quizás de un mal presentimiento. Como no llegaron a ninguna conclusión, él corrió desesperado mientras ella daba un alarido pavoroso que retumbó en el cielo: «¡Iris!». La puerta del cuarto estaba cerrada por dentro. No pudieron abrirla a patadas. Él cogió una maza y la derribó. Iris estaba dormida bajo las protectoras alas de Electrix.

LA TABERNA DE AQUERONTE – Capítulo 4

Benito García¹⁹



Trataba de recobrar el aliento tras una frenética hégira a través del caótico tráfico urbano, humano y automovilístico, cuando de repente, al alzar la vista del suelo y contemplar la plaza rodeada de edificios con un raquítico peristilo de árboles, una sarcástica combinación de sorpresa, perplejidad y fatalidad me hizo sentir como el toro que abandona la segura penumbra de los corrales y aparece súbitamente en medio del luminoso albero.

Un parque infantil aguardaba paciente la inminente llegada de los niños y alzándose detrás, cerrando el extremo sur de aquel espacio inmenso como el vacío que arrastraba conmigo desde su adiós, el edificio en cuyo portal la recogí la primera vez, el altar donde ella se desvanecía cada noche con un beso.

¹⁹ Me llamo **Benito García**. Recuerdo haber escrito desde los 10 años. Como buen emeritense, medio romano, vivo con un pie en la cultura clásica, que irremediablemente asoma siempre que cojo un lápiz o un teclado, entretejido con todo lo que mis eclécticas lecturas han ido dejando escondido en mi memoria.

Allí, en medio del lugar que estuve evitando durante años, me sentí amenazado. No por las hoscas miradas vacías que los transeúntes me dirigían veladamente al cruzarse conmigo, no por el aspecto poco tranquilizador de los pandilleros que con falsa indolencia ocupaban el banco de piedra bajo su fachada, sino porque una de aquellas ventanas que miraban a la plaza era la de ella. Una amarga melancolía estranguló mi corazón. Y sentí miedo.

Intenté disimular mi agitación y no llamar la atención más de lo que ya lo había hecho así que con mi corazón desbocado golpeándose contra las costillas, aparentando la mayor naturalidad que pude me encaminé hacia una cafetería situada detrás de una hilera de álamos, intentando eludir el interés que mi súbita aparición había despertado en el público presente. La privilegiada y discreta perspectiva que del espacioso y desolado paisaje proporcionaba el local me permitía observar el trasiego de transeúntes entrando y saliendo de portales y calles, cruzando aquel corazón agonizante de piedra. No quise preguntarme a mí mismo por qué quería hacerlo. A estas alturas algunas explicaciones resultan fútiles.

Pedí al camarero una taza de café y mientras sorbía despacio la infusión caliente y amarga sentado en una esquina de la barra, rumiaba sobre mis posibilidades adormecido por el ruido monótono del televisor, las conversaciones de los parroquianos con el camarero y el silbido agudo del vapor que la cafetera despachaba con irregular cadencia. Hacía años ya de aquel abrupto adiós. No tenía ninguna certeza de que siguiera viviendo allí. Podría haberse mudado: podría haber conocido a alguien y estar ahora mismo a kilómetros de distancia de aquel maldito lugar donde yo me sentía compelido a hallar respuestas estimulado por los recuerdos y la cafeína, a costa de reabrir una herida que nunca se había cerrado.

Mis cavilaciones casi habían conseguido hundirme de nuevo en un oscuro pozo cuando algo atrajo mi atención. Un leve escalofrío recorrió mi cuerpo al observar en medio de la plaza una perra blanca y canela que brincaba juguetona al otro extremo de una correa que sostenía una mujer cuyos rasgos y ademanes, pese a la distancia que nos separaba, me resultaban familiares. Intenté recuperar la compostura y me dije a mí mismo que quizás todavía había una posibilidad. Quizás por lo menos de responder algunas preguntas. En ese

instante solo podía seguir pensando en la mujer cuyo rostro se había tatuado en mi memoria. La mujer que llevaba en una carta y una fotografía guardadas en mi cartera, junto a una misteriosa moneda.

Mi ensimismamiento se quebró súbitamente cuando los cuatro tipos que habían estado tranquilamente sentados en el banco de piedra se levantaron y con paso decidido, las manos en los bolsillos de las sudaderas y las capuchas tapando sus rostros, se encaminaron hacia ellas hasta cortarles el paso. Recordé entonces un comentario que me hizo en una ocasión, sobre riñas y discusiones que a veces se desataban en aquella plaza de madrugada y que no la dejaban dormir.

Desde mi burda atalaya podía a duras penas atisbar los rasgos de uno de aquellos tipos cuando se detuvo frente a la mujer: cetrino, nariz aguileña y partida, mandíbula fuerte y labios finos y apretados. Poco más conseguí distinguir con la capucha negra echada sobre su cabeza. Un metro ochenta, calculé desde la distancia; y a juzgar por lo holgado de la sudadera, unos setenta kilos. El que se situó a espaldas de la mujer era un poco más alto y corpulento.

Dejé la taza sobre la barra y salí del café intentando no pensar en la locura que iba a cometer. Enfrentarme a cuatro individuos mucho más jóvenes que yo, que me aventajaban en estatura, velocidad y al menos uno de ellos, aparentemente, en potencia, era un suicidio. Pero treinta años de experiencia te proporcionan un surtido arsenal de recursos sucios, escaso apego por tu vida y el instinto de supervivencia en números rojos.

Todo eso iba pasando por mi cabeza, mientras observaba cómo trataban de intimidarla con palabras que yo no podía escuchar, pero entendía perfectamente y encendían mi furia, tratando de decidir cuál era la mejor manera de salir bien parado del embrollo hacia el que me dirigía irremisiblemente. Me aproximé con paso firme, en silencio. Estaban tan absortos que no repararon en mí hasta que estuve prácticamente sobre ellos y cuando el más cercano se dio la vuelta al escucharme llegar, descargué todo el peso de mi cuerpo en un rotundo y calculado puñetazo debajo de su nariz, que partió un hueso con un chasquido seco. Antes de que los demás pudieran reaccionar, pateé con saña al que tenía a mi derecha, el más alto y corpulento,

haciéndole caer al suelo aullando de dolor con su rodilla destrozada y girada en un ángulo imposible.

Quedaban dos.

El de la sudadera negra parecía ser el que llevaba la voz cantante. Y el más peligroso. Reaccionó con frialdad a mi embestida, y sin mediar palabra, empuñando una navaja que llevaba oculta en el bolsillo de la sudadera, apartó de un empujón a la mujer y me lanzó una violenta cuchillada con muy mala intención al cuello, que a duras penas pude parar con el brazo y rasgó la manga de la cazadora abriéndome un surco profundo en la carne. No sé si grité de dolor, pero la adrenalina y la rabia me dieron ventaja, y un codazo en la cara lo aturdió lo suficiente para poder retorcerle su brazo y hacérsela soltar. Me agaché instintivamente para recogerla y cuando el cuarto en discordia se abalanzó sobre mí, me revolví con rapidez esgrimiéndola con decisión y sin darse cuenta se encontró con la hoja hundida en su clavícula.

La gente que hasta entonces había permanecido dentro de bares y locales de la plaza empezó a asomarse. Con tantos testigos, los pandilleros decidieron que no era buena idea seguir allí y se fueron de allí dejando un reguero de sangre. Se abrieron algunas ventanas, y tuve miedo. Tuve miedo de que alguien desde una de aquellas ventanas me reconociese.

Paulatinamente mi campo de visión empezó a ampliarse de nuevo, mis oídos a percibir los sonidos ajenos a la pelea; y me percaté de que unos ojos familiares me miraban con una mezcla de miedo, incertidumbre y curiosidad.

- ¿Se encuentran bien, señora? – me sentí algo estúpido haciendo esa pregunta: después de haber iniciado una pelea delante de sus narices, romper varios huesos y casi cortarle el cuello a un tipo con total frialdad.

- Perfectamente, gracias – respondió con firmeza, y en ese instante, un leve acento familiar en su voz hizo que me echase a temblar. Mis nervios crecieron al sentir la lengua húmeda de la perra, que me había reconocido a pesar de los años, en el dorso de mi mano.

- No se preocupe, señora. Me gustan los perros– respondí intentando eludir la mirada inquisitiva que me escudriñaba con curiosidad y que no se percatase de la familiaridad con que las observaba, mientras acariciaba la cabezota de

Canela: así se llamaba. – Vayan a su casa lo antes posible, por favor, y avisen a la policía.

Insistí en acompañarlas hasta su portal. Aquellos pandilleros debían tener algún tipo de cuenta pendiente con ella y habían tratado de mandarle un aviso a través de su madre. Caminaba con precaución, atento a los curiosos que había atraído el espectáculo, pues tenía un mal presentimiento.

Al llegar, volví a reiterarle la necesidad de avisar a la policía. Probablemente debía pensar que estaba como una regadera, a juzgar por la mirada que me dirigía, a un desconocido que, tras haber vapuleado y apuñalado a cuatro tipos a plena luz del día, insistía en meter a la poli en la ecuación. Pero asintió, con un deje de sonrisa y una exquisita educación ante mi insistencia, y agradeció mis atenciones.

Permanecí en la entrada mientras subían por la escalera, hasta que escuché cómo la puerta de su vivienda se cerraba tras ellas. En ese momento decidí largarme de allí con lo que quedaba de mi dignidad después de una noche en vela, una carrera de cuatro kilómetros, un navajazo que parecía necesitar aguja e hilo, y unas muy probables ansias de venganza, que no sabía cuándo ni dónde podrían reclamarme.

Crucé la callejuela y giré a la izquierda para desembocar en el bulevar, donde el gentío era más abundante. Mis ojos se iban instintivamente hacia las manos de los transeúntes, desconfiado, esperando en cualquier momento encontrarme con un pincho dirigido a mi abdomen, mientras sentía fluir la sangre caliente desde la herida de mi antebrazo. Unas decenas de metros más adelante se abría una boca de metro ante mí, y decidí que lo más inteligente sería alejarme de aquel lugar que seguía provocándome una agridulce sensación. Así que apretando con mi mano la extraña moneda en mi bolsillo busqué refugio en el Inframundo urbano que escaleras abajo parecía llamarme con un húmedo aliento subterráneo.

LA PEOR FAENA DE LA VIDA

Felipe Díaz Pardo



Cuando por primera vez vi la luz que me acompañará el resto de mi vida, sufrí el primer sobresalto. De ahí mi llanto descontrolado y rabioso, provocado por la angustia que me producía aquel alboroto de gente, que se movía de un lado para otro, después de varios meses de placentera tranquilidad.

A pesar de tal desconcierto, la claridad de la mañana se convirtió para mí en un oasis de ansiada libertad después de tantas horas intentando escapar de aquel cubículo redondo, henchido y cavernoso en donde había crecido hasta convertirse para mí en una oscura gruta que me producía claustrofobia. Prácticamente lo tuve que hacer yo todo, sin apenas ayuda, dadas las escasas fuerzas y pocas posibilidades de ensanchar la salida por parte de la persona que estaba destinada a hacerlo.

La alegría por mi triunfo se disipó pronto ante el desconcierto de aquellos individuos desplazándose de un lado para otro como si quisieran escapar de un cataclismo producido por mi presencia. Tanto alboroto me obligaba a poner a prueba mis pulmones y a ensayar un interminable catálogo de sonoridades

lastimeras con apremiantes tonos agudos, que era lo único que sabía emitir hasta el momento, dada mi falta de práctica en esos casos, en los que alguien se siente atemorizado ante lo desconocido. Luego esas habilidades las fui perfeccionando hasta una edad más o menos temprana todavía, con el fin de intentar someter a mis caprichos y deseos a todo aquel que me rodeaba.

Tal aturdimiento se transformó al rato en otra nueva sorpresa, por no decir un auténtico susto, cuando, con la crueldad aprendida por la costumbre que, al parecer, le dio su oficio, alguien tuvo la feliz idea de colocar mi cuerpo rugoso y arrebuado y todavía poco acostumbrado a las inclemencias líquidas, bajo el caño de agua todavía fría para mí, si tenemos en cuenta la calidez de donde provenía. Con la rapidez y presteza de un mago o un prestidigitador, aquella mujer volteó varias veces mi anatomía, a modo de una tortilla a punto de caer sobre la sartén, bajo el grifo hasta limpiar todo rastro de sustancia pegajosa, formada desde mis orígenes.

Vendrían después las ataduras propias de los mortales, en uno de cuyos seres me acaba de convertir, al aprisionar mis carnes y mi piel con el convencional vestigio de la vestimenta, a la que nuestros primeros padres nos condenaron tras dejarse engañar el elemento femenino de la pareja que protagonizó aquella historia por una serpiente malintencionada y dañina que le ofreció una triste manzana como vulgar muestra del engaño, tal y como me contaron cuando tuve la suficiente capacidad para escuchar tal patraña.

A alguien oí decir en ese instante también que la causa de tan poco acierto con la talla de mi atuendo se debía a mis diminutas dimensiones, debido a mi prematura llegada. En tal opinión noté cierto tono de reproche e incluso de cachondeo, como si tal decisión hubiera sido gratuita por mi parte. A nadie se le ocurrió pensar en los motivos de tan acuciante necesidad de abandonar aquel reducto en el que tenía que pasar mi tiempo, sin otra ocupación que la de dar vueltas una y otra vez sobre el eje de mi figura. Una vez que empecé a tener una leve conciencia de mi existencia, los días allí se me hacían interminables, sin otra diversión que la de chuparme el dedo, unas veces el de la mano y otras el del pie, dado mi incómodo encogimiento, el cual me permitía tal habilidad.

Tras esos primeros momentos de adecuación al nuevo hábitat en que me encontraba, habrían de llegar otras situaciones que contrastaban con la calma

de la que había disfrutado —o había sufrido, como digo— con anterioridad. Entonces mi cuerpo comenzó a reaccionar. Primero noté que mi interior se rebelaba con pequeños estertores y dolores de barriga que rápido hicieron expulsar gases y otros excrementos propios de la vida real.

Luego pude sentir unos imperiosos impulsos de llevarme algo a la boca, no sé si por mis recuerdos anteriores, por pura necesidad de subsistencia o por simple deseo del amor materno. Ante las reacciones que manifesté de nuevo con otro llanto casi inaudible, semejante al maullido de un gato, quien parecía el ser más cercano a la condición de una madre o de cuidadora de algo tan indefenso como era yo, introdujo parte de su cuerpo en mi boca, una especie de pivote blando y dulce del que salía un líquido caliente que calmó mis apetencias.

Satisfecha esta primera zozobra con la que mostraba mi presencia, llegaron periodos de tiempo de verdadero goce y tranquilidad, todo hay que reconocerlo. Caricias, arrumacos y tiernas palabras de cariño de quien me tenía en brazos compensaban, en parte, todo el sacrificio que, hasta el momento, estaba sufriendo y soportando por mantener la compostura en un contexto tan difícil e ingrato como aquel.

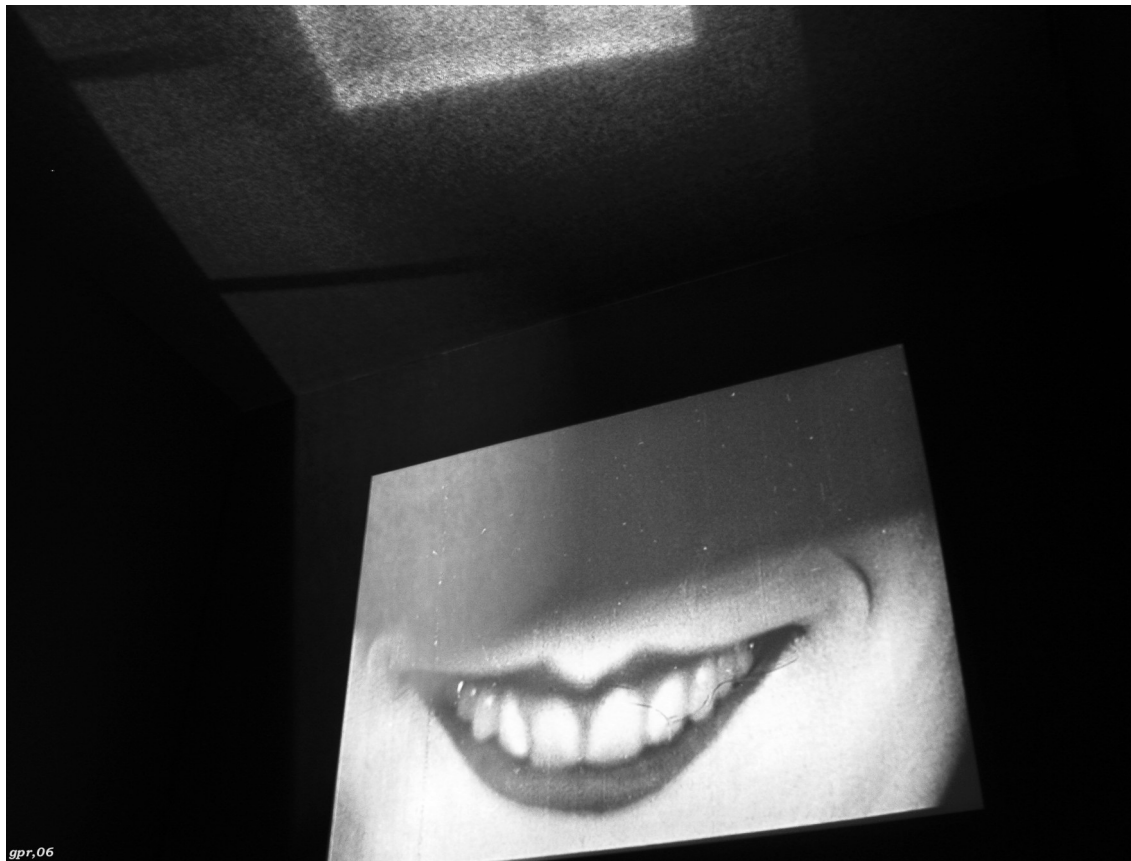
Todo se trastoca cuando alguien llamó a la puerta y un tropel de personas, que querían saber de mi existencia, como si de un ídolo se tratara, entró al recinto. Me pasaron de mano en mano mientras cada una de ellas emitía torpes comentarios sobre mi físico. «¡Qué guapo es!». «¿Y a quién se parece?». Ganas me dieron de contestar a tanta estúpida pregunta lanzando yo también alguna otra interpelación más coherente: «¿A quién me voy a parecer, imbéciles, si apenas he podido aún abrir los ojos para hacerme una clara idea de donde estoy, desperezarme para hacer desaparecer alguna de las arrugas de mi cuerpo e intentar comprender que hago aquí?».

Pero me era imposible contestar a tales impertinencias por pura y evidente imposibilidad biológica. Solo pude llegar a consolarme pensando que no sabía a santo de qué veía tanta alegría, tanta fiesta y tanto alboroto por los que abarrotaban la habitación, cuando a mí me habían hecho la mayor faena de mi vida: haber nacido.

Historia de la Literatura

LAS SINSOMBRERO EN LA GENERACIÓN DEL 27 (parte I)

Felipe Díaz Pardo



Al referirnos a la generación del 27, siempre pensamos en un núcleo cerrado de poetas y escritores, pero junto a ellos desarrollaron su labor creativa otros autores y, en concreto, un grupo de mujeres pensadoras y artistas, nacidas entre 1898 y 1914, pertenecientes también por méritos propios a dicha generación u hornada de intelectuales. Casi todas residieron, estudiaron y desarrollaron su labor artística en Madrid.

Forman la nómina de estas intelectuales las pintoras Maruja Mallo (Vivero, 1902 – Madrid, 1995), Rosario de Velasco (Madrid, 1904 – Barcelona, 1991), Margarita Manso (Valladolid, 1908 – Madrid, 1960) y Ángeles Santos (Portbou, 1911 – Madrid, 2013; y las escritoras —en sus distintas versiones de filósofas, poetas o narradoras— Margarita Gil Roësset (Madrid, 1908 – Las Rozas, 1932) —también escultora e ilustradora—, María Zambrano (Vélez-Málaga, 1904 – Madrid, 1991), María Teresa León (Logroño, 1903 – Madrid, 1988), Josefina de la Torre (Las Palmas de Gran Canarias, 1907 – Madrid, 2002), Rosa Chacel (Valladolid – Madrid, 1994), Ernestina de Champourcín (Vitoria, 1905 – Madrid, 1999) y Concha Méndez (Madrid, 1898- México, 1996).

La generación del 27: un mundo sin mujeres

Dice Manuel Bernal Romero, en su libro *La invención de la Generación del 27*: «Entre los poetas del 27, en el momento y en los actos en los que se sitúa el nacimiento del grupo, no hubo mujeres; o si las hubo fueron muy pocas o con escasa relevancia para los actos, posiblemente como consecuencia de la tradición y del momento histórico y del papel que la sociedad le reserva a la mujer en aquel tiempo». A pesar de estas palabras, en la época ya existían mujeres con más nombre incluso que los poetas que luego serán referencia de la generación. Una muestra de esta ausencia es que la parte femenina no participó en las actividades realizadas en torno al centenario de Góngora. La única excepción en la nómina de participantes es la de la pintora Maruja Mallo, novia por aquel entonces de Rafael Alberti.

Y, sin embargo, como decimos, en los meses y años en los que se localiza el nacimiento del grupo ya había escritoras con cierto reconocimiento, como lo demuestra la *Antología de Poesía Española Contemporánea*, de Gerardo Diego. En el volumen aparecía Josefina de la Torre, que en 1927 había visitado Madrid, ya conocía a los poetas y ya había publicado, en ese mismo año, su primera obra, *Verso y estampas*, en el 8º suplemento de la revista *Litoral*, de Málaga, con prólogo de Pedro Salinas, obra en la que mezclaba poesía y prosa. La otra autora que recoge Gerardo Diego es Ernestina de Champourcín, que ya había publicado en 1926 su ópera prima *En silencio*.

Para comprobar la presencia de las escritoras en el periodo que nos ocupa, también pueden repasarse los ejemplares de *La Gaceta Literaria*. En el número 3 de la revista, del 1 de febrero de 1927, dentro de la sección “Mapa de poetisas”, aparece, entre otras, la mencionada Ernestina de Champourcín. El número 27, del 1 de febrero de 1928, muestra en su portada un retrato de Rosa Chacel bajo el titular «La escritora vista por su marido», el pintor Timoteo Pérez Rubio. Por último, el número 38, del 15 de julio de 1928, en la sección “El secreto de los poetas”, de César M. Arconada, se incluye de nuevo a Ernestina. El artículo intenta relacionar el espíritu poético con lo femenino, mientras que la poetisa contrarresta tal opinión afirmando que «los hombres son tan accesibles como nosotras a la emoción poética. Pero hay tal vez un género de verso al que nunca llamaré poesía; verso empachoso y sensiblero, que han cultivado algunas “soi-disant” poetisas femeninas. Ciertamente público, ignorante y fácil de contentar, se deleita con los sollozos y los suspiros rimados de esas pseudopoetisas, extasiándose ante las delicadezas del alma femenina y otorgándonos una supremacía que no nos interesa. La auténtica poesía no prefiere ni al hombre ni a la mujer. Prefiere, sencillamente, al Poeta”.

No cabe duda, pues, que, a pesar de la escasa representatividad de la mujer en la generación del 27, la fuerza de lo femenino estuvo presente en el mundo literario de estos años.

El fenómeno del Sinsombrerismo

Llevar sombrero en la época en la que nos ocupa era un signo de jerarquía social. Los ciudadanos de alta alcurnia debían aparecer en público con la cabeza cubierta. En el caso de los hombres, estos podían descubrirse en sitios cerrados mientras que la mujer, no. Distintas opiniones y polémicas surgidas en

aquellos años nos hacen comprender que, a pesar de ser un complemento indispensable no dejaba de convertirse en una prenda incómoda.

El movimiento sinsombrerista se inicia en 1930, aunque la anécdota narrada por Maruja Mallo, podría realizarse, según opinión de Tània Balló, tal y como señala en su libro *Las Sinsombrero. Sin ellas, la historia no está completa*, entre 1923 y 1925. El acto de quitarse el sombrero que llevaron a cabo los que por aquella época eran cuatro estudiantes era un acto provocativo, aunque ellos no fueran conscientes de la trascendencia del hecho. A partir de entonces, la moda de no llevar sombrero se extiende, sobre todo entre los hombres jóvenes como señal de modernidad, de ruptura y de rebeldía. Consecuentemente, la reacción de los sectores más reaccionarios ante el movimiento fue feroz. Incluso llegó a aludirse a cuestiones relacionadas con la higiene y la industria del sector para atacar esta nueva costumbre. En la Guerra Civil, el uso del sombrero por ambos sexos se convirtió en una cuestión intrascendente y poco importante. Y una vez acabada la contienda y en la dictadura franquista, se relacionó la costumbre de no llevar sombrero con ser de izquierdas, como estrategia publicitaria para poner de moda, de nuevo, la utilización del sombrero.

En conclusión, el sinsombrerismo fue signo de modernidad y, sobre todo en la mujer, de independencia, en un tiempo en que esta comenzaba a estudiar y a trabajar y tomaba conciencia feminista.

La época de las *Sinsombrero*

Estas mujeres desarrollaron su labor creativa, al igual que los otros miembros del 27, en el momento histórico encuadrado dentro de la dictadura de Primo de Rivera, la Segunda República y la Guerra Civil. Durante esos años, la situación de la mujer en la sociedad española distaba mucho de la que existe actualmente, en relación con la educación, el derecho al voto, los movimientos feministas, etc. Repasemos algunos de estos aspectos.

Hasta 1910, en que se publicó la Ley de Educación de ese mismo año, no se reconoció el derecho de la mujer que deseara cursar estudios universitarios a matricularse libremente en los centros de enseñanza oficial. Hasta ese momento, las mujeres solo podían acudir a la escuela para cursar estudios primarios y secundarios. Los pocos casos de mujeres inscritas en la universidad hasta ese momento eran casos excepcionales. Tras aprobarse la citada ley, el número de estudiantes inscritas en la universidad pasó de 30 a 500 mujeres, en menos de cinco años.

Años después, entre 1926 y 1939, con el fin de defender los intereses de la mujer y de facilitarles un lugar de encuentro y de promoción educativa, cultural y profesional, surgió también en Madrid el *Lyceum Club Femenino*, institución neutral en asuntos religiosos y políticos, postura que le hizo soportar fuertes críticas, hasta el punto de tener que acudir a los tribunales en algún momento, bajo la defensa de Victoria Kent, entre otras letradas.

La primera junta directiva la formaron mujeres influyentes y liberales del panorama sociocultural de la época: la pedagoga María de Maeztu, como presidenta; Victoria Kent e Isabel Oyarzábal, como vicepresidentas; y Zanobia Camprubí, como secretaria. Entre sus objetivos se encontraban los de defender los intereses morales y materiales de la mujer, organizar obras de carácter social, celebrar conferencias, etc. y su tarea fue fundamental para despertar la

conciencia de género y activar las políticas de igualdad. Según comentó Maeztu en una entrevista a *El Heraldo de Madrid*, la institución pretendía, además, establecer un lugar para el mutuo reconocimiento y la mutua ayuda de la mujer; implantar un movimiento de fraternidad femenina; o participar activamente en los problemas culturales y sociales del país.

Su actividad giraba en torno a seis secciones, dedicadas cada una de ellas a un tema: “Social”, “Musical”, “Artes Plásticas e Industriales”, “Literatura”, “Ciencias” e “Internacional”. Después se creó una séptima con el nombre de “Hispanoamericana”. El número de socias del que partió, 115, se quintuplicó en 1927. Entre ellas se encontraban Concha Méndez, Ernestina de Champourcín y Rosa Chacel, que se incorporó más tarde. En 1939, tras la Guerra Civil, su sede fue ocupada por la Sección Femenina de la Falange Española.

Esa igualdad entre ambos géneros fue el objeto de lucha de los movimientos feministas de la época. Será en la Segunda República cuando estas iniciativas tomarán más fuerza de la mano de mujeres como Clara Campoamor, Victoria Kent o Margarita Nelken.

Por otra parte, en octubre de 1915 se crea el Grupo Femenino de la Residencia de Estudiantes, también llamado *Residencia de Señoritas*, para hospedar a las estudiantes que iban a la capital. Al igual que su homónimo masculino, la *Residencia de Señoritas* no fue solo un albergue, sino también un centro de animación intelectual y perfeccionamiento moral. La actividad cultural de esta institución, también dirigida por María de Maeztu y con profesoras como María Zambrano, fue muy destacada en los años veinte hasta el dramático corte que supuso la Guerra Civil.

Terminamos este breve repaso del mundo de la mujer en aquellos años en que las artistas del 27 daban sus primeros pasos, aludiendo al sufragio femenino, derecho que no fue reconocido hasta la Constitución de 1931 de la Segunda República, si bien ya en las elecciones a Cortes Constituyentes de junio de 1931, realizadas solo por sufragio universal masculino, se les reconoció a las mujeres el sufragio pasivo, esto es, el derecho a ser elegidas, y pudieron presentarse como candidatas. Tres fueron las mujeres elegidas: Margarita Nelken, por el Partido Socialista Obrero Español; Clara Campoamor, por el Partido Republicano; y Victoria Kent, por el Partido Republicano Radical Socialista. Las dos últimas tuvieron un papel importante en la concesión del sufragio activo a la mujer, es decir de su derecho al ejercicio del voto. También las dos instituciones antes referidas –la *Residencia de Señoritas* y el *Lyceum Club Femenino*– destacaron en la defensa de la equiparación de los derechos del hombre y la mujer.

Las Sinsombrero, fruto de una época

Tras la pérdida de las últimas colonias, llegó la decadencia moral, los intentos de europeización, y la modernidad. Sería en el ámbito intelectual donde el pesimismo de la derrota se sintió con más fuerza de la mano de la generación del 98, con Unamuno, Machado, Baroja y Valle-Inclán, entre otros.

Junto a todo esto se unieron las reivindicaciones femeninas que fueron surgiendo tras la Primera Guerra Mundial, en 1918. Tras lo sucedido, recaía sobre la mujer la responsabilidad de engendrar y criar una nueva generación, recurriendo a argumentos de tipo biológico que respaldaban la desigualdad entre los sexos, la debilidad del género femenino y su inferioridad intelectual.

Intelectuales ilustres del momento se dedicaron a reflexionar sobre el “problema femenino”, entre ellos Gregorio Marañón, Ortega y Gasset y Ramón y Cajal, siendo este último el más reaccionario y misógino de todos, al considerar que la mujer era causa de perturbación para el científico, que presentaba un carácter teatral y que perdía el encanto de la modestia en cuanto contaba con talento y cultura viriles.

La nueva mujer en Europa surge a raíz de los primeros movimientos feministas de Inglaterra y Estados Unidos, así como de la revolución industrial, que incorporó al mundo laboral a las mujeres. Pero, sobre todo, este protagonismo de la mujer tiene lugar en la Primera Guerra Mundial, cuando el género femenino ha de asumir, ante la marcha del hombre a la batalla, papeles y puestos de trabajo. Es entonces cuando no admite el sometimiento alcanzando su plenitud en torno a 1920.

No obstante, los gobiernos de las potencias europeas no verán con buenos ojos esta nueva actitud de la mujer y todo lo que ello conlleva, como son los movimientos feministas y sufragistas, a los que hemos aludido antes. En España sucede lo mismo y ese prototipo de mujer llega también y se consolida con la Segunda República, en 1931. Poco a poco, las féminas ocuparon el espacio público, rasgo que caracterizó a las artistas del 27, participando también en iniciativas por las que se crearon instituciones diversas. Mientras que los hombres de la generación del 27 utilizaron el espacio público para mostrar su postura de ruptura con el pasado, las mujeres de esa misma generación utilizaron ese mismo espacio público para conquistar algo vital para ellas, para hacerse visibles.

Las obras de las artistas españolas del 27, como sigue diciendo Tània Balló, son un claro ejemplo de ese espíritu de modernidad que identificaba a la nueva mujer. A pesar de ese ímpetu, continua la autora del libro citado, la participación de estas mujeres en la vida cultural e intelectual de la época en que vivieron no fue fácil, dado el anquilosamiento de una sociedad, contra la que ya lucharon con anterioridad otras intelectuales de la generación anterior, la del 14, como Victoria Kent o Clara Campoamor. No será, sin embargo, hasta la llegada de las mujeres del 27 cuando lo femenino aparezca en el mundo artístico con afán protagonista, a través de mujeres, cuya vida y obra repasaremos en las páginas siguientes.

Orígenes comunes

En general, todas estas mujeres tenían, además de muchas otras cosas en común, el de su procedencia social y cultural. Casi todas provenían de la clase media, media alta o la alta burguesía y de un entorno cultural e intelectual más o menos cultivado. Margarita Manso nació en el seno de una familia media. Marga Gil Röesset, en el de una de la alta burguesía. Concha Méndez, la mayor de once hermanos, pertenecía a una familia acaudalada. De hecho, su madre provenía de la aristocracia. Durante el verano su familia vivía en Madrid y durante el verano se trasladaba a San Sebastián. Rosa Chacel era sobrina nieta de Zorrilla, el autor del inmortal *Don Juan Tenorio* y su familia, de carácter liberal, le proveyó de un entorno que le permitió adquirir una gran cultura literaria y desarrollar una personalidad de gran independencia. El padre de Maruja Mallo como el de Ángeles Santos era funcionario de aduanas. Tanto la madre como el padre de María Zambrano eran maestros. María Teresa León

era hija de un coronel y una burgalesa de alta cuna. Ernestina de Champourcín, de orígenes aristocráticos también recibió una esmerada educación, lo que le permitió hablar a la perfección el inglés y el francés y escribir en este último idioma su primer poema a los trece años. Por último, Josefina de la Torre procedía, igualmente, de una familia de la alta burguesía canaria y con ilustres nombres en su árbol genealógico.

No obstante, la existencia de tan rancios abolengos en muchas de ellas no impidió que adoptaran una actitud crítica y tomaran conciencia social en el mundo en que vivían, inmerso en los cambios propios de la modernidad y de las grandes transformaciones venidas con la llegada de la II República. Pronto adoptaron un papel activo en las primeras décadas del siglo XX, formando parte del mundo intelectual del Madrid de la época y participando activamente en las nuevas instituciones que iban surgiendo como el citado *Lyceum Club Femenino*, en tertulias como la del café Pombo, en organizaciones políticas y publicando artículos en periódicos y revistas.

En general, también evolucionaron hacia ideas progresistas, en ocasiones defendiéndolas muy activamente, como es el caso de María Teresa León, quien, junto con su segundo marido, Rafael Alberti, llevó a cabo una intensa vida revolucionaria. En otros casos, los menos, transitaban por los caminos de la religión, como ocurrió con Ernestina de Champourcín, quien pidió su admisión en el Opus Dei en 1952, decisión que no le impidió ampliar su colaboración en actividades de carácter social.

En definitiva, son mujeres con inquietudes que representaron la imagen de la nueva mujer europea en España. Son ejemplo de la nueva mujer moderna que alcanza su plenitud en la década de los años veinte del siglo pasado, haciéndose eco de las ideas de la mujer moderna y participando de la vida cultural e intelectual del momento. Tal vez, todo lo dicho hacía inevitable la amistad entre ellas, en la que el elemento aglutinador era Concha Méndez. Era una figura conocida en los ambientes artísticos e intelectuales de Madrid y era amiga, entre otras mujeres de la época, de Ernestina de Champourcín, Rosa Chacel, María Zambrano, Josefina de la Torre y Ángela Santos.

Pasión

Fernando Martín Pescador



Pasión, Luis Carlos Marco Bruna, Prames, 2026.

Pasión (The Passion of Anna), dirigida por Ingmar Bergman, 1969.

Hace una semana fui a Cádiz para visitar a Ana y ella, amablemente, me alojó en su casa durante cuatro noches. Mi anfitriona tiene dos hijas, Lucía (seis años) y Ana (aún no había cumplido tres). Las cuatro mañanas que amanecí en su casa, Lucía me esperaba en el salón con un laberinto. En un papel en blanco, Lucía había dibujado un laberinto, con una entrada en la parte superior y una salida en la parte de abajo. Encerrados entre las cuatro paredes, Lucía había dibujado largos pasillos que se extendían por toda la hoja. Solo uno de esos pasillos llevaba a la salida en la parte inferior de la hoja. Cada mañana, Lucía me daba un lapicero y me pedía que encontrara el camino que llevaba a la salida del laberinto. En mi primera mañana, la del jueves, le sugerí a Lucía que dibujara un ratón a la entrada del laberinto y un pedazo de queso a la salida. Así lo hizo en los laberintos de los días sucesivos.

Luis Carlos Marco Bruna se caracteriza por su literatura breve. Brevísima, me atrevería a decir. Recuerdo los primeros escritos que compartió con nosotros, sus amigos, cuando tenía diecisiete años, y ninguno pasaba de una página. La mayoría no pasaba de un solo párrafo. Muchos no pasaban de una línea. Algunos no pasaban de una palabra. Otros, no me atrevería a decir que los menos, no pasaban de una letra o de un signo ortográfico. Pero hay algo más que caracteriza a Luis Carlos Marco Bruna: cada uno de sus textos es un laberinto muy similar a los que me dibujaba Lucía cada mañana durante mi estancia en Cádiz. Por breves que sean, todos los textos de Luis Carlos tienen una entrada en la parte superior y una salida en alguna parte de la página. Y a la salida de cada uno de sus textos, Carlos nos deja un pedazo de queso, normalmente en forma de sonrisa; en muchas ocasiones lo que nos regala es complicidad. Casi siempre, humor.

Por eso, cuando un amigo le encargó a Luis Carlos la escritura de este libro (como terapia, como ejercicio de estilo, como crimen pasional...) lo hizo con ciertas instrucciones: debía ver la película *Pasión*, de Ingmar Bergman; debía complementarla con cosas que se intuían, pero que no se veían en la película; y, sí, podía dibujar en forma de texto uno de sus laberintos literarios, pero, en esta ocasión, no debía haber un pedazo de queso al final del pasillo, no debía haber una sola concesión al humor. De hecho, no sé si estás fueron sus palabras exactas, pero las imagino así, el laberinto no debía tener salida. El lector entraría para perderse en él y solo podría salir por donde había entrado,

depositando, abandonando antes su propia pasión en alguno de los oscuros callejones sin salida que ofrecía el texto. Luis Carlos, un gran escritor de encargo, siguió al pie de la letra las instrucciones recibidas.

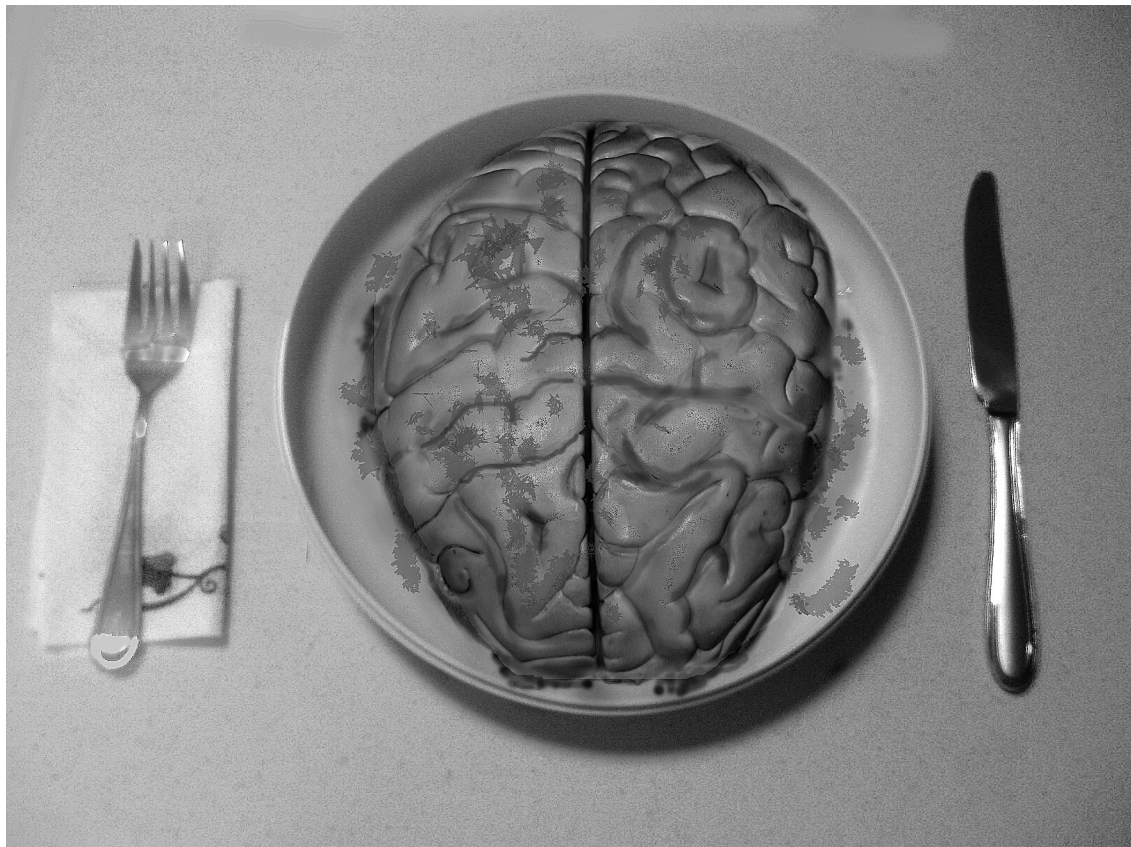
Me gustaría volver a los motivos que llevaron a este amigo a encargarse esta obra a Luis Carlos. No los conozco porque no lo he hablado con él. Sospecho que hubo varias razones y me voy a atrever a aventurar una razón del subconsciente. El encargo fue más bien un intercambio de crímenes pasionales como el que se produce en el vagón de *Extraños en un tren*, de Patricia Highsmith. El destino, siempre irónico, ha conseguido que este amigo en cuestión (nacido el mismo año que se estrenó la película) aparezca retratado en la contraportada del crimen.

Es interesante la relación que los lectores establecemos con nuestros escritores favoritos, no importa si están vivos, no importa en qué lugar del planeta habiten. En el caso de Luis Carlos, sus textos, para sus amigos y familiares, se han convertido en un apéndice más, como lo puede ser su nariz o sus orejas. No concebimos a Luis Carlos sin sus textos, ni a sus textos sin Luis Carlos. Tal vez por esa razón, a mí, me cuesta imaginar la relación que establece con Luis Carlos un lector que no lo conozca en persona. Los lectores de este libro, sin embargo, no solo van a establecer una relación con el autor de los textos. Por extensión, van a establecer una relación con Ingmar Bergman y otra con Emilio Amella Hay que hacer mención especial a Emilio Amella, que, como recordaba Luis Carlos, ha ilustrado *Pasión* en tres ocasiones (Emilio lo niega o matiza). Así que el mismo Emilio se ha relacionado con Luis Carlos y, de alguna forma con Bergman, de tres maneras diferentes. Disfruté la primera. Vi la segunda expuesta en una galería de arte de Madrid. Me encanta la tercera.

El propio Luis Carlos ha clasificado *Pasión* como una novela epistolar. Tal vez fuera así en su génesis. El producto final es mucho más que todo eso: además de las veinte cartas escritas por los cinco protagonistas, cuatro cada uno, el libro contiene veinte textos que introducen, de alguna forma, cada una de las cartas. Estos textos son de género mixto: biografía, libro de viaje, glosario, intimista, receta de cocina, descriptivo, metacinematográfico, urbanístico... todos son breves; todos, laberintos sin salida; cada uno de ellos, un ejercicio de estilo muy cercano (¿cerQuenau?) al surrealismo mágico.

Grietas y semillas

Fernando Martín Pescador



Grietas y semillas: El despertar de lo invisible, Rafael Dávila López, IniciativaGIFTED, 2025.

Colecciono libros y películas cuyos protagonistas son profesores. He dedicado toda mi vida al mundo de la educación y me gusta observar cómo se nos percibe desde la ficción. Indiana Jones es profesor de Universidad. Walter White, el protagonista de *Breaking Bad*, es profesor de Química en un instituto de Albuquerque, en Nuevo México. El profesor Siesta (*professor Hastings* en inglés), que se quedaba dormido mientras daba clase, fue, desde niño, mi personaje favorito de *Barrio Sésamo*. Por eso, enseguida me sentí atraído por la primera novela de Rafael Dávila López, *Grietas y Semillas*, cuya acción se sitúa en un instituto imaginario de la Comunidad de Madrid y cuya protagonista es Carla Gibson, una orientadora educativa que lidera un proyecto para los estudiantes de altas capacidades de su escuela.

Rafael Dávila López es educador social y trabaja como técnico de educación. Desde hace unos años, Dávila se ha venido especializando en las altas capacidades. Se mueve con comodidad por las redes sociales y el mundo digital, pero, en un

momento dado, sintió la necesidad de llevar algunas de sus reflexiones al papel tradicional. Con su libro, quería llegar al mayor número de personas, adultos y adolescentes, sin la necesidad de sentar cátedra y, por eso, pensó que una novela podría ser el formato más adecuado. En una novela, puedes presentar situaciones, describir pensamientos y explorar emociones sin acudir al lenguaje académico. Si, además, en esa novela utilizas un lenguaje propio de los cómics de superhéroes y le añades unas ilustraciones con un toque juvenil (estas corren a cargo de Lara Carrasco Soro) consigues la combinación perfecta.

Carla Gibson, la protagonista, debe enfrentarse a muchos de los vicios adquiridos por la educación tradicional. Todos los alumnos deben ser tratados igual y todos los estudiantes deben comportarse de acuerdo a unos cánones. Las diferencias deben pasar desapercibidas, arrolladas por el rodillo normalizador, para evitar el acoso escolar. La primera misión de Gibson es huir de términos tradicionales que encasillan a los alumnos. Prefiere no utilizar la palabra «superdotados» y emplea el neologismo inglés «gifted» o prefiere utilizar el término «altas capacidades». Llega a cuestionar, incluso, el nombre de su trabajo, «orientadora». ¿Quién es ella para orientar?, se pregunta.

El gusto confeso por el cómic de Rafael Dávila no se limita al lenguaje y a las ilustraciones. La novela, narrada en una primera persona propia de Peter Parker, comienza con una cita de la *Patrulla X (X-Men)*, en inglés) y hace mención al Profesor X (Charles Francis Xavier, siendo la X, la inicial de su apellido, que, a su vez, da nombre al grupo de mutantes). A partir de ahí, Dávila establece paralelismos con el cómic. Carla Gibson pasa a ser la profesora G (de Gibson y de *gifted*) y cada uno de sus alumnos tendrá un apodo relacionado con su característica principal.

Lo que más me fascina de los protagonistas de este género literario y cinematográfico es su pasión por la educación, su amor incondicional por sus estudiantes. Carla Gibson no tiene certezas, pero sí que tiene la intuición de que hay que acabar con una tradición que lleva repitiéndose durante muchas generaciones. Su propuesta más interesante, en mi opinión, es el uso del círculo (no debe ser perfecto; la idea es que los componentes del grupo puedan verse cara a cara) y de la puesta en común de pensamientos y emociones en ese círculo.

Rafael Dávila transmite en su novela su pasión por la educación y propone un mundo en el que todos podamos aceptarnos, tanto a nosotros mismos como a los pasajeros con los que nos ha tocado compartir vagón.

Mi opinión no solicitada

The Mandalorian

José Ramón Guillem García

www.joseguillem.com

Entré al cine como entra un hombre en una iglesia después de años sin confesarse: mirando al suelo y esperando que nadie notara la ausencia de uniforme. Lo primero que pensé fue que el aire olía distinto. Menos plástico quemado, menos adolescencia fermentada en nachos con queso. Tal vez era yo. O tal vez los cines, como los hospitales y las estaciones de servicio, detectan el miedo y ajustan la temperatura unos grados por debajo de la dignidad humana.

Me explico.

Siempre voy disfrazado a los estrenos de *Star Wars*.

Siempre.

Hay personas que tienen tradiciones familiares; yo tengo un casco de Darth Vader junto con el resto del uniforme desde hace quince años. Hay quien hereda relojes. Yo heredé la capacidad de discutir durante cuarenta minutos si Han disparó primero o si Chewbacca era un *berserker*. Cada uno carga con lo que puede.

Además, existe una regla. No escrita, pero más sólida que muchas constituciones: quien venga conmigo debe ir disfrazado. No hace falta que el traje sea bueno. Una túnica cutre, una máscara de plástico deformada por el calor de agosto, incluso unas orejas pegadas con cinta aislante sirven. Lo importante es aceptar públicamente el que eres fan de *Star Wars*. Hay algo profundamente humano en hacer cola vestido de Sith mientras una pareja elegante te mira como si acabaras de salir de un psiquiátrico.

Pero esta vez no fui disfrazado.

Y uno no entiende hasta qué punto un disfraz sostiene psicológicamente a una persona hasta que se lo quitan. Es como descubrir que la columna vertebral era decorativa.

No encontré mi sable de luz. El rojo. El importante. El de las piedras *kyber* (eso solo lo entenderá gente con nivel maestro). El de Vader. Busqué por toda la casa. Dentro de un baúl. En el cajón del armario donde guardo cables que pertenecieron a aparatos muertos hace una década. Incluso revisé un arcón congelador, porque una vez encontré allí el mando de la televisión y desde entonces ya no descarto nada.

Nada.

La otra posibilidad era peor: quizá me veía demasiado mayor para esto. Hay un momento terrible en la vida de un hombre en el que se prueba un casco de Darth Vader y, en lugar de parecer una amenaza intergaláctica, parece un divorciado intentando animar un cumpleaños infantil. El espejo tiene una crueldad burocrática. No juzga. Archiva.

La persona que vino conmigo tampoco ayudó. Le expliqué que había que disfrazarse y me respondió que podía ir “como Chewbacca ya que no se había depilado las ingles” o “como un Ewok en la cola del paro”. Lo dijo riéndose, con

esa tranquilidad de la gente que nunca ha sentido el peso espiritual de una convención friki a las diez de la mañana. No me hizo gracia, la verdad sea dicha.

Así que entré al cine vestido de civil. Vaqueros. Camiseta negra. Zapatillas normales. Parecía un infiltrado. Un policía secreto enviado para observar cómo los demás eran felices.

Y la película... la película estaba bien. Ese es el problema.

The Mandalorian tiene unos efectos especiales tan afilados como bisturís. Naves gigantes atravesando nebulosas con la elegancia de un anuncio de coches caros. Blásters. Criaturas viscosas respirando de fondo. Villanos tan malvados que uno sospecha que desayunan líquido de baterías. Salía incluso Jabba el Hutt, o algo suficientemente parecido como para activar la nostalgia reptiliana del cerebro.

Todo estaba ahí. Absolutamente todo.

Y, sin embargo, yo miraba mis manos.

Las miraba como quien descubre que lleva las manos equivocadas. Manos normales. Manos de adulto funcional. No las manos negras y enguantadas de Darth Vader sosteniendo un cubo de palomitas de tamaño industrial mientras un niño de ocho años te pide una foto. Aquello era distinto. Yo era distinto.

Entonces empecé a mirar alrededor.

Había chavales disfrazados. Un tipo de cincuenta años vestido de Obi-Wan con una barba sospechosamente mejor cuidada que la mía. Una chica con tatuajes de los gemelos solares de Tatooine en el cuello. Un niño pequeño caminando con la solemnidad de un emperador romano dentro de un pijama de Groggu. Todos parecían cómodos dentro de su rareza. Como peces mutantes en una pecera mutante.

Y yo estaba allí sentado sintiéndome obscenamente desnudo.

Es curioso cómo funciona la identidad. Uno cree que el disfraz oculta algo, cuando en realidad hace exactamente lo contrario. El casco no tapa. Revela. El sable de luz no infantiliza. Autoriza. Nos da permiso para ser aquello que fuera del cine resulta sospechoso: entusiastas. Ridículos. Devotos de algo inútil.

Porque la sociedad tolera muchas cosas, pero nunca termina de perdonar el entusiasmo adulto. Puedes coleccionar relojes absurdamente caros, hablar del mercado inmobiliario como si fuera poesía épica o pasarte tres horas viendo a un señor explicar criptomonedas en *YouTube*. Eso es madurez. Pero ponte una capa negra y di que lloraste viendo morir a Qui-Gon Jinn y de pronto eres "el raro".

Quizá por eso me incomodaba tanto no llevar el disfraz. Porque no era solo tela y plástico barato. Era una declaración de guerra contra esa vigilancia invisible que obliga a los adultos a fingir ser personas razonables.

Durante media película sentí algo parecido a la traición. No hacia *Star Wars*. Hacia mí mismo. Como si hubiera abandonado una pequeña resistencia clandestina que llevaba años reuniéndose en centros comerciales y cines IMAX.

Y lo peor es que empecé a pensar algo todavía más peligroso.

¿Y si ya no pertenezco aquí?

No lo pensé con dramatismo. Más bien con esa melancolía con la que uno descubre que una aplicación ya no funciona en su móvil antiguo. Tal vez el desfase llega así. No con arrugas ni dolores de espalda. Llega el día en que miras una pantalla gigante llena de galaxias imposibles y, en vez de sentir magia, sientes que olvidaste algo importante en casa.

Los créditos comenzaron a subir lentamente. Música triunfal. Estrellas. Nombres interminables de personas que seguramente jamás han discutido sobre midi-clorianos en una gasolinera a las dos de la mañana.

Y entonces me hice la pregunta.

No “¿la película era buena?”.

Ni siquiera “¿qué han hecho con la saga?”.

La pregunta era otra.

“¿Y si el desfasado soy yo?”

Salí del cine sin responderla. Afuera hacía fresco y había un chico fumando con un casco de *stormtrooper* bajo el brazo. Parecía agotado, como un soldado derrotado después de una guerra absurda y muy cara. Nos miramos un segundo. Él asintió. Yo también.



Desconocidas, nunca más

Beatriz Galindo, la profe de latín de Isabel la Católica

R. Kipling²⁰



²⁰ Historiador con la inquietud apasionada de mostrar la importancia de la Mujer a lo largo de la Historia.

Me llamo Beatriz Galindo, y seguramente no hayáis oído nunca mi nombre o quizás os suene de pasada, pero poco más. Desde muy joven todos me llamaban “la Latina”, y es probable que comience a aparecer un atisbo de curiosidad en vuestras distraídas mentes. En efecto, ese barrio tan popular de Madrid lleva su nombre por mí.

Las calles de Salamanca fueron el lugar donde di mis primeros pasos allá por el 1475, aunque en este punto, no se ponen de acuerdo los investigadores. La ciudad estaba en plena ebullición humanista, las ideas que llegaban desde Italia hacían crecer una pasión por los conocimientos clásicos.

Como hija de buena familia, mi destino estaba planificado desde que nací y mi formación estuvo dirigida a tomar los hábitos. Pero una vida de contemplación y rezo no era lo que yo anhelaba para mi futuro; decían que tenía un gran talento para dedicárselo a Dios, pero lo que a mí me apasionaba realmente era conocer nuevas gentes, estudiar, compartir ideas. Con quince años mi nivel de latín era conocido en toda Salamanca, y fue poco después cuando la reina Isabel la Católica, que Dios la tenga a su lado, me llamó a la corte.

¡Qué mujer!, resumaba carácter, valentía, honradez y sobre todo, cuidaba de los suyos. Y yo fui una de las suyas. Isabel era veinte años mayor que yo y había contraído nupcias con Fernando, rey de Aragón. Es curioso comprobar cómo, varios siglos después, desde que estuve a su servicio, los historiadores se pasan todo el día discutiendo si realmente fui su profesora de latín y de ahí mi sobrenombre, o quizás fui simplemente una camarera o dama de compañía. ¿En serio? ¿en eso se entretienen media vida para luego impartir unas conferencias que no interesan a nadie? A veces pienso que, si hubierais vivido en mi época, qué poquitos de vosotros habríais sobrevivido.

Cuando llegué a la corte, la reina tenía una formación envidiable, latín incluido, por lo que en ese aspecto tan solo fui una dama de corte con la que compartir poemas en latín de autores clásicos. Desde muy pequeña, me había invadido la curiosidad por aprender, y eso era muy apreciado por la reina. Mi vida fue una continua toma de decisiones, algunas más acertadas que otras, pero siempre estuve apoyada por mi queridísima Isabel. Aprendí mucho de ella, especialmente la manera de tratar a los hombres, y tomé buena nota de su relación con su esposo, el todo poderoso y orgulloso rey de Aragón al que siempre dejó claro, que ella era reina de Castilla y no una “mujer florero”, como decís por aquí.

Los años junto a la reina me formaron para poder manejarme en un mundo de hombres. Conseguí la confianza y el respeto de la corte. Los reyes fomentaban el conocimiento, la cultura y el intercambio de ideas. Mi buen amigo Lucio Sículo, un *bellísimo* humanista italiano que siempre supe que andaba detrás de mí, me regalaba versos al describirme como una mujer “adornada de letras y virtudes santas”, creo que quería algo más que halagarme.

Isabel preparó mi boda, eligió a un reputado capitán del ejército, Francisco Ramírez, que Dios le tenga a su lado como a Isabel, pero un poco más lejos. Mi marido era natural de Madrid y la reina me respaldó con una dote de medio millón de maravedíes, una suma ciertamente importante para la época. Tuvimos dos hijos y la reina obligó a mi marido a ampararlos en su testamento porque ya tenía otros seis de un matrimonio anterior. Eran otros tiempos.

La muerte de Isabel fue uno de los momentos más tristes de mi vida, le debía todo y había sido para mí mucho más que una reina, fue ante todo una gran amiga, la hermana mayor que nunca tuve y que siempre estuvo a mi lado. Seguí en la corte unos años más porque mi influencia seguía siendo notoria. El propio rey Fernando me tenía en gran estima y estuvo un tiempo consultándome temas relacionados con la cultura. Pero sin la reina, ya nada era igual. Unos años después también murió mi marido, eso no fue tan terrible como perder a Isabel, pero fue el momento en que decidí marcharme de la corte y establecerme en Madrid. Siempre procuré promover la educación y la cultura en esta nueva ciudad que me acogía, especialmente entre las mujeres más desfavorecidas.

Fundé un hospital destinado a la asistencia y educación de huérfanas, no solo era un refugio para ellas, sino también un lugar donde comenzar una educación, que en esta época era poco menos que un lujo para una mujer. Mi formación religiosa, no olvidéis que estaba destinada a ingresar en un convento, me llevó a fundar también el monasterio de la Concepción Jerónima en Madrid, más conocido como monasterio de La Latina. Fue precisamente en este monasterio donde decidí dejar la mayoría de mis libros y manuscritos para que fuesen conservados y utilizados.

Y así nació ese barrio tan imponente de Madrid como es La Latina. Me gusta pasear por sus calles cuando la obscuridad de la noche me protege, cuando no escucho ningún ruido que me aceche. Es un barrio con alma, con mucha personalidad y sobre todo, con gente de verdad, personas apasionadas que hacen de esta pequeña parte de Madrid un mundo en el que me siento como en casa y donde me enorgullezco de poder decir, soy Beatriz Galindo, la Latina.

Agenda 2025-2026

Estas son las actividades culturales previstas para la próxima temporada dentro del marco de Luciérnagas:

23 Septiembre – DÍA EUROPEO DE LAS LENGUAS

19:00 – 20:00 — Chillout Room – Escuela Oficial de Idiomas de **Valdemoro**

19 Oct 2025 – 2 Ene 2026 – La luz de tu querer

Exposición de Livia Organista

Milia's Coffee - Kirchstraße 10, 42103 Wuppertal Hauptbahnhof

27 Octubre – Tertulia literaria sobre el libro *Rincones de la infancia*, de Felipe Díaz Pardo

11:30 -13:30 – Fuenlabrada

28 Octubre – TARDE DE MONSTRUOS

19:00 – 20:30 – Lectura de cuentos de terror.

Noviembre –CERTAMEN LITERARIO BREVERÍAS III EDICIÓN

Diciembre – CUENTOS POR NAVIDAD

Número 114, diciembre 2025, de *La revista de Valdemoro*

Febrero – OSCAR AWARDS 2026 - Reviews

23 Marzo – VII Edición del concurso de deletreo en inglés (Spelling Bee) de Valdemoro

17-19 Abril – Feria del libro de Valdemoro

21 Abril – POSEÍA POESÍA

19:15 Biblioteca Ana María Matute – Valdemoro

24 Abril – FALLO DEL CERTAMEN LITERARIO BREVERÍAS III EDICIÓN

15 Mayo – Presentación del libro *Pasión*, de Luis Carlos Marco Bruna

19:00 – Biblioteca de Aragón, Zaragoza.

16 Mayo – Feria del libro en el colegio Lagomar



Fotografías de Gerardo Piña-Rosales



Portada: Las tijeras de la madre de Gerardo.

Página 4: Autorretrato puntual.

Página 6: Cosas que nunca te dije.

Página 11: Aparcamiento reservado para clientes.

Página 14: Ángel disfrutando de atardecer.

Página 23: Mendigo en biblioteca.

Página 30: Crucifijo un tanto encorsetado.

Página 35: Tengo que hacerme las uñas.

Página 38: There was something in the air.

Página 41: Salen caras.

Página 43: Buitres del Capitolio.

Página 44: Lo que queda por hacer.

Página 46: El pavo te está mirando.

Página 50: ¿Y si no llego a primer ministro?

Página 58: Sonrisa en cámara oscura.

Página 64: Pasión.

Página 67: Hoy tengo un amigo para cenar.

Página 71: Hace muchos, muchos años, en una galaxia muy, muy lejana.

Página 72: Invisibilízame.

Página 75: Pajarico.

Página 76: Los tres últimos centímetros de frontera.